ESTRATEGIA Y POLITICA

*J. E. Atencio*
Qué es la geopolítica

*Gral. André Beaufre*
Estrategia de la acción

*J. P. Briano*
Geopolítica y geoestrategia americana

*Pierre Celerier*
Geopolítica y geoestrategia

*E. Cholet*
Arte militar de los Chinos

*Henning y Korholz*
Introducción a la geopolítica

*Sherman Kent*
Inteligencia estratégica

*Benjamín Rattenbach*
Sistema social militar en la sociedad moderna

*Augusto B. Rattenbach*
Introducción a la estrategia

*Haushofer - Spikman - Ratzel - Kjellen*
Antología geopolítica

*Osiris G. Villegas*
Política y estrategia para el desarrollo y la seguridad nacional

*Osiris G. Villegas*
Tiempo geopolítico argentino

*Osiris G. Villegas*
El conflicto con Chile en la región austral

*Gral. André Beaufre*
Disuasión y estrategia

GENERAL ANDRE BEAUFRE

# DISUASION Y ESTRATEGIA

editorial pleamar

*sisten riesgos de conflicto nuclear, como, a la inversa, riesgos de neutralización de la disuasión nuclear, que hacen gravitar una inquieta duda sobre nuestra relativa paz.*

*Pero la verdadera revelación a la que conduce la reflexión sobre la disuasión, es que esos riesgos de conflicto nuclear son los que mantienen una paz tan estable. Esa contradicción fundamental entre la enormidad del peligro y el beneficio del riesgo es una de las características esenciales de nuestra época, tan nueva por tantos aspectos. Aquí llegamos a una verdad imprevista que puede ayudarnos a descifrar la naturaleza profunda del mundo técnico que entraña nuestra civilización.*



# PRIMERA PARTE

# LAS LEYES DE LA DISUASION

# CAPITULO I

# LA DISUASION, CLAVE DE LA ESTRATEGIA CONTEMPORANEA

## Importancia de la disuasión

Para desenredar la compleja madeja de razonamientos y opiniones sobre la estrategia contemporánea, hay que partir del concepto central; de otro modo, sólo se conseguiría aumentar los embrollos ya inextricables.

En mi obra *Introducción a la Estrategia* intenté ordenar y aclarar el concepto de estrategia y sus principales componentes. Partiendo de aquella base, se buscó cuál podía ser el elemento determinante merced al cual las explica-

ciones podrían presentarse en el orden más lógico, o sea, más fácil.

Es incontestable que hoy ese elemento determinante es la disuasión.

La idea no es nueva, por supuesto (desde el «*Si vis pacem, para bellum*» y el *limes* de los romanos, hasta la línea Maginot y la fórmula «*mostrar la fuerza para no utilizarla*», de Lyautey), pero el nombre sí es nuevo, lo que pone de manifiesto una orientación mental totalmente diferente de la del pasado, claramente originada por la existencia del arma nuclear.

Y es que, en efecto, la estrategia antigua (anterior a la era nuclear) reposaba más o menos explícitamente sobre una calidad positiva: la capacidad de vencer, es decir, no sólo la de poder imponer su voluntad, sino la de lograr ese resultado en forma relativamente poco onerosa con relación a las ventajas de la victoria. Con el arma nuclear se produce un fenómeno enteramente nuevo: cualquiera que sea el desenlace de la lucha, vencedor y vencido —de existir aún tales distinciones— habrían de pagar el precio exorbitante de las destrucciones atómicas, *por no poderse proteger eficazmente de ellas*. De ahí que se trate de alcanzar el objetivo político, no mediante la victoria militar, capacidad positiva que se ha vuelto demasiado peligrosa, sino por la acción indirecta, gracias a la parálisis del adversario, o sea, a través de una capacidad negativa que permita evitar la gran prueba de fuerza, es decir, merced a la «disuasión». Naturalmente, la parálisis del adversario es rara vez total, y entonces es preciso explotar con otros medios la parálisis parcial así lograda, pero la disuasión se proyecta sobre toda la estrategia, imponiéndole sus limitaciones, así



como su estilo. Por tanto, la disuasión se ha convertido efectivamente en la clave de la estrategia contemporánea.

Ante todo, se le pedirá a la disuasión que mantenga la paz y el *statu quo* territorial, pero se le pedirá también que impida tal o cual acción adversa, que limite la extensión o la intensidad de los conflictos e incluso, eventualmente, que paralice toda resistencia adversa contra una acción amiga. Ese papel proteiforme de la disuasión, desde la intención más defensiva hasta su influencia en provecho de acciones fundamentalmente ofensivas, obliga a identificar y delimitar tan exactamente como sea posible los verdaderos poderes de la disuasión, ya que en este ámbito capital no cabe darse por satisfecho con apreciaciones apresuradas o demasiado aproximativas.

Por tanto, hay que afinar mucho el análisis.

## Definición de la disuasión

Empecemos por analizar la noción de disuasión.

La disuasión tiende a *impedir* que una Potencia adversa *tome la decisión* de emplear sus armas o, más generalmente, que actúe o reaccione frente a una situación dada, mediante la *existencia* de un conjunto de disposiciones que constituyan una amenaza suficiente. Por tanto, es un resultado psicológico el que se busca mediante una amenaza [1].

Semejante resultado psicológico procede de la combinación de un *cálculo* que lleva a comparar el riesgo a correr con el envite y el *temor* producido por los riesgos con las

(1) El modo de acción de la disuasión se opone esencialmente al de la guerra, dado que el primero tiende a *impedir* que se tome una decisión de intervención, en tanto que el segundo tiende a *obligar* a que se tome la decisión de aceptar las condiciones que se quieren imponer.

incógnitas del conflicto. El cálculo se deriva del estudio de los datos materiales. El temor nace de factores psicológicos complejos de orden político, social, moral, etc. Tales factores se encuentran con frecuencia vinculados al cálculo material, aunque a veces resulten independientes de él.

Los datos materiales y los factores psicológicos constituyen, pues, los dos aspectos complementarios de la disuasión. Es en este orden como serán examinados los aspectos diversos del problema de la disuasión.

Pero la noción de disuasión se diversifica en numerosas categorías, según sea su alcance y según sean los medios que permiten lograrla. La literatura estratégica ha originado un vocabulario muy complejo y a menudo anárquico [1], que puede reducirse a las distinciones siguientes:

De limitarse la disuasión a impedir que un adversario desencadene contra sí mismo una acción que teme, su efecto es *defensivo*, en tanto que si impide que el adversario se oponga a una acción que se quiere llevar a cabo, la disuasión es entonces *ofensiva*.

Esta acción ofensiva o defensiva puede ser *directa* o *indirecta*, según que se refiera a dos antagonistas o se ejerza en provecho de tercero.

Por fin, la disuasión puede ser *total*, de extenderse a todas las modalidades de empleo de la fuerza, o *limitada* si comprende sólo una parte del espectro. Pero tan pronto como deja de ser total —lo cual es generalmente el caso— es necesario precisar su exacto alcance. Aquí se aborda un análisis sumamente delicado que nos llevará a disecar una

(1) Disuasiones: activa, pasiva, ofensiva, defensiva, directa, indirecta, total, relativa, absoluta, conclusa, positiva, negativa, de supremacía tipo I, II y III, etc.



noción capital: la existencia de los diversos *niveles* de empleo de la fuerza.

## Los niveles de acción de la fuerza

### *Los niveles antiguos*

En un pasado todavía cercano —pongamos antes de 1914—, vivíamos en un sistema estratégico de dos niveles: la lucha política y la lucha militar clásica. Al primero lo llamábamos *la paz*, y al segundo, *la guerra*. La guerra se caracterizaba por la abolición de las reglas jurídicas del tiempo de paz y por la instauración de un Derecho especial que permitía ejercer la violencia contra el enemigo designado, pero comprensivo de todo un conjunto de limitaciones, incluso en las civilizaciones más primitivas: la guerra daba siempre derecho a matar y a capturar al adversario, pero según fueran los casos se podía o no se podía, por ejemplo, adueñarse de sus bienes, molestarlo o incluso torturarlo, destruir su familia, etc. Por el contrario, la paz se caracterizaba por el retorno a las reglas jurídicas normales entre sociedades humanas o entre Estados. En aquella época, las guerras, por terribles que parecieran a los contemporáneos, se consideraban como fenómenos naturales, «la continuación de la política por otros medios», según la fórmula de Clausewitz, y, por consiguiente, constituían uno de los medios de la política internacional.

Son complejas las razones profundas de esta actitud respecto a la guerra. Hay sociólogos que han visto en ella la supervivencia de los instintos primitivos (mito de Caín), una inclinación a un rito viril de fiesta *(sic)* y un deseo de

evasión de las cortapisas de la civilización, un resurgir de la afición a la aventura y a la rapiña. Era incuestionablemente el retorno a un modo de vida arraigado en los hábitos ancestrales de un pasado muy remoto. El estratega añade a estas motivaciones de orden psicológico razones más materiales: la guerra era ciertamente dura para los combatientes, despiadada para el vencido, pero en extremo provechosa para el vencedor. La guerra «pagaba». Tan pronto como la esperanza de éxito era suficiente, la guerra, juicio de Dios, se presentaba como el medio más comodo de resolver los conflictos. Ahora bien: tan grandes eran los azares de la guerra que, la mayor parte de las veces, ambos bandos estimaban tener suficientes posibilidades de éxito como para correr la aventura. Incluso en períodos en que los riesgos eran enormes para los vencidos, como en la antigüedad, se vacilaba poco en correr esos riesgos, por una especie de deformación psicológica que los marxistas llaman «el aventurerismo militar». Pero en la mayoría de los casos, los ritos guerreros hacían que el riesgo fuera relativamente limitado: primero, los tabús; luego, la Iglesia; en fin, la civilización, lograron una humanización parcial de la guerra, suficiente con relación a la dureza de las costumbres, como para hacerla no sólo posible, sino a veces hasta atractiva. La facilidad con que se recurría a la guerra por incidentes menores (telegrama de Ems, abanicazo de Argel, asesinato de un Archiduque, etc.), ocasionaba una amplia y benéfica compensación: las presiones en tiempos de paz eran necesariamente muy mesuradas. La lucha política permanecía, pues, circunscrita a límites muy estrechos. La paz era inestable, pero era verdaderamente paz.



En cambio, al desencadenarse la guerra, las hostilidades podían revestir todos los grados de violencia, desde el de sencillas escaramuzas hasta el de guerra de desgaste y de exterminación, lo que Clausewitz, que vio su paroxismo en el período napoleónico, llamaba «la ascensión a los extremos». La dirección política de la guerra se reducía a dosificar el empleo de la violencia a la medida de las puestas, pero la ascensión era gradual y no comprendía escalones notables. Por este motivo, la guerra no presentaba más que un solo nivel, pese a sus diversidades.

Lo que hacía que la guerra fuera un fenómeno soportable es que, generalmente, era, o bien decisiva —por tanto, ventajosa para el vencedor—, o bien muy limitada en sus efectos y resuelta mediante un compromiso que no menguaba en absoluto el honor de los adversarios. Digamos que la guerra era un juego en el que, de no ganar en seguida, se trataba normalmente de limitar su puesta. Sin embargo, en ciertos períodos de esta evolución, en que las operaciones militares eran poco decisivas [1], y en conflictos demasiado cargados de pasiones para permitir que se llegara a un verdadero compromiso (la guerra de los Cien Años, por ejemplo), la guerra se eternizaba. Pese a su escasa intensidad, provocaba entonces devastaciones espantosas. De estas guerras prolongadas, los pueblos salían agotados, atontados y vacunados durante cierto tiempo contra sus inclinaciones bélicas. Después de tales períodos (como la guerra de los Treinta Años), la política se tornaba más pacífica; las guerras, mucho más limitadas en su objetivo y en su intensidad. Luego se sucedían las generacio-

(1) Cf. *Introducción a la Estrategia*, Cap. "Estrategia militar clásica". Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1965.

nes, la evolución técnica hacía rebrotar la posibilidad de decisiones militares rápidas y la guerra, embellecida por las leyendas, recobraba su lustre milenario.

*Influencia de la guerra industrial*

En esas oscilaciones de la historia de las guerras, se ven aparecer variaciones cada vez más peligrosas, anunciadoras de los nuevos tiempos: la tormenta napoleónica deja a Europa deslumbrada, pero decidida a impedir el retorno de crisis de semejante amplitud; la guerra de Secesión, primera gran guerra moderna, pasa inadvertida para Europa, pero prefigura el drama de 1914-1918.

Este muestra de golpe que algo nuevo se ha producido que modifica totalmente el carácter tradicional de las guerras. Lo que primero llama la atención de los contemporáneos es la impotencia militar de la guerra de estabilización, forma particular de un fenómeno cíclico, aunque siempre inesperado [1]. Pero bastante pronto se impone que lo que presta a la guerra un carácter intolerable es la amplitud de las destrucciones que provoca, a causa de los enormes efectivos y del material cada vez más potente de los Ejércitos. Las razones de este cambio de escala son: la industria, que produce armas baratas en abundancia, el ferrocarril y, más tarde, el automóvil, que permiten desplazar y abastecer masas armadas cuyo volumen corresponde al de la totalidad de la población masculina en edad militar. La guerra abandona la era artesana y agrícola para iniciar lo que Stalin ha llamado muy acertadamente «la era manufacturera», y esto es lo que la vuelve intolerable. Como además las ideas relativas a la guerra estaban dominadas por los conceptos pseudo-clausewitzianos de la lucha a ultranza, el sentido tradicional del compromiso fue olvidado, la catástrofe se llevó a su paroxismo y por ello Europa se mutiló gravemente.

(1) Cf. *Introducción a la Estrategia*, Cap. "Estrategia militar clásica".



El instinto popular, por lo demás hondamente modificado por la influencia social del maquinismo, no se equivocó: para él, tal guerra debiera haber sido la última. No fue así, ni mucho menos, porque veinte años después la nueva generación había olvidado en parte las enseñanzas del fuego, porque Hitler creía estar aún en el siglo XIX y porque lo había alentado la timidez de las reacciones de los Aliados, timidez por lo demás originada en gran parte en una valoración más exacta que la suya de las posibilidades de la guerra moderna.

La guerra de 1939-45 no hizo sino ampliar los caracteres de la guerra de 1914-18. Esta vez, el fenómeno de la estabilización ya no se hacía presente para encubrir la nueva verdad: el conflicto de la era manufacturera, con sus masas de hombres, sus máquinas de matar, su esfuerzo industrial agotador, su extensión a todo el planeta, su paroxismo ideológico, se había convertido efectivamente en un cataclismo absurdo. La guerra ya no podía considerarse como un medio normal de la política internacional.

Sin embargo, las alteraciones provocadas en el equilibrio mundial creaban tensiones peligrosas, agravadas por el retroceso de civilización originado por esa guerra atroz. ¿Se iba a seguir combatiendo sobre ruinas, pese al estupor y a la laxitud generales?

Entonces estallaron las dos bombas de Hiroshima y d Nagasaki, que pusieron término a la era de la guerra ma nufacturera e iniciaron la de la guerra científico-técnica

Pero la Naturaleza no da saltos. Durante quince año se siguió creyendo que la guerra podría conservar las mis mas características, considerablemente agravadas por e arma atómica. Posteriormente, poco a poco, se fue abrien do paso una nueva verdad, aunque incompletamente enten dida. La extraordinaria amplitud de las destrucciones par las que teníamos capacidad, no sólo con el explosivo nu clear, sino también con la química y las bacterias, toda ellas frutos venenosos de la ciencia, hacía que ese tipo d guerra no fuera ya en absoluto practicable, ni como medi normal de la política, ni como medio excepcional. En cam bio, la existencia misma de su aterradora amenaza podí ser explotada por la política para mantener el estado d cosas existente o para promover los cambios indispensa bles. Con el nivel nuclear, se pasaba de una estrategia d guerra a una estrategia de amenaza potencial, es decir de *disuasión*.

Las consecuencias de esta enorme amenaza son consi derables. Tratándose de puestas que no sean verdadera mente vitales, es tan difícil hacerla plausible que su acció estabilizadora sólo se extiende a las formas más caracterís ticas de guerra, que, por lo demás, impide casi comple tamente. De ahí que la paz sea mucho más estable qu con anterioridad a la existencia del arma atómica. La pa no tiene ya el carácter casi absoluto que tuviera en siglo pasado; hoy en día, se puede insultar a una nació



quemar su Embajada, detener sus barcos, enviar asesinos en su propio suelo y mantener allí partidos políticos sin que la guerra se desencadene, lo cual hubiera sido impensable en otros tiempos. La paz entre naciones opuestas se convierte en la «paz-guerra» o guerra fría.

Es más, tan estable es el nivel nuclear que, pese a la existencia de las armas atómicas, hemos visto, desde hace quince años, gran número de guerras clásicas más o menos intensas y más o menos entreveradas de guerra fría y de procedimientos subversivos (Corea, Indochina, Laos, Suez, Sinaí, Argelia, etc.), con enfrentamientos políticos, como Berlín y Cuba, que hubieran sido muy graves en el pasado y que se han resuelto mediante compromisos.

La guerra fría en las zonas sensibles y las guerras limitadas en las zonas periféricas prestan a la estrategia indirecta un campo de acción muy extenso. Por existir ahora un nivel nuclear, la guerra grandísima, nuclear o no, tiende a desaparecer; mas, por una compensación normal, pero imprevista, la verdadera paz también tiende a desaparecer.

Así, nuestro mundo contemporáneo desemboca en una estrategia de cuatro niveles (en lugar de dos):

— *La paz*, la paz completa, que casi no existe sino entre aliados y entre neutrales.

— *El nivel de la paz-guerra o de la guerra fría*, forma de lucha no militar entre naciones opuestas, que se hace más violenta por la disuasión nuclear y la tensión ideológica.

— *El nivel clásico*, forma antigua de la lucha armada, más excepcional y más limitada que antes.

— *El nivel nuclear*, nuevo y preponderante factor del equi-

librio internacional y forma de lucha armada a la vez, posible y moralmente inaceptable.

Algunos de estos niveles homogéneos pueden, además, combinarse entre sí, en fórmulas compuestas que merecen igualmente ser examinadas:

— El nivel de la guerra fría, con empleo muy limitado [1]. de fuerzas clásicas (Cuba, Laos, etc.).
— El nivel clásico, con empleo eventual y más o menos limitado de armas atómicas tácticas, forma posible, pero no experimentada, de conflicto armado, y una de las modalidades actuales de la disuasión.

## Clasificación y caracteres generales de los niveles

El conocimiento de estos niveles es esencial para el estudio de la disuasión. Cada uno de estos cuatro niveles representa un grado diferente de empleo de la violencia y entraña leyes particulares que resultan de sus características políticas y psicológicas, así como de sus factores técnicos. Pero antes de emprender su análisis, es necesario situar convenientemente sus posiciones relativas.

En primer término, se podría pensar que los cuatro niveles que se acaban de distinguir sólo representan una subdivisión de los antiguos niveles, subdiviéndose, en tal caso, la paz antigua en paz y en guerra fría, y la guerra antigua en guerra clásica y en guerra nuclear. Esta primera aproximación presenta dos inconvenientes: no reconoce el carácter nuevo, relativamente violento y terriblemente eficaz, de la guerra fría, y presta al nivel nuclear un aspecto

(1) Lo que los norteamericanos llaman "sub-limitado".



puramente operativo que no pone de manifiesto sus propiedades particulares.

En una segunda aproximación, puede caerse en la tentación de conservar la noción de paz sólo al nivel de la paz completa y de incluir en el antiguo nivel «guerra» los tres niveles de la guerra fría, de la guerra clásica y de la guerra nuclear. Tal clasificación es igualmente errónea. Como se verá más detalladamente en el capítulo siguiente, existe una diferencia esencial entre la guerra fría y los niveles de la guerra clásica y de la guerra nuclear: la guerra clásica y la guerra nuclear representan niveles cuyo empleo es más o menos excepcional, en tanto que el nivel de la guerra fría es de un empleo constante. Se puede intentar disuadir de la guerra clásica o nuclear; no se puede disuadir de la guerra fría. Además, la guerra fría incluye el empleo constante de las incitaciones o de las limitaciones que resultan de la amenaza de los restantes niveles, que son justamente (en particular el nivel nuclear) los que han permitido la intensificación de la guerra fría más allá de posibilidades y de los usos antiguos.

Así se llega a concebir la idea de otra ordenación de los diversos niveles:

1. El nivel de la paz completa, que corresponde al antiguo nivel de la paz, en el que juegan los modos de incitación y de persuasión menores conformes a los usos internacionales pacíficos.

2. El nivel de la *guerra fría*, antes bastante excepcional, hoy permanente, con intensidades variables, en el que juegan a la vez las acciones de violencia menor y las presiones disuasivas o persuasivas de las amenazas clásica o nuclear. De esta forma, la guerra fría saca provecho de la

existencia de todo el espectro de los medios de fuerza, pero manteniendo el empleo de la fuerza en los límites de la guerra fría, es decir, en la abstención de las armas clásicas y nucleares, merced al empleo constante de la estrategia de disuasión. Digamos además que en el nivel de la guerra fría, la estrategia de disuasión implica su más completa aceptación.

3. Los niveles que incluyen el empleo de las armas:

a) *El nivel de la guerra clásica,* que comprende esencialmente el empleo de los medios clásicos, pero que los combina con acciones de guerra fría y utiliza las presiones disuasivas o persuasivas de las amenazas de extensión de la guerra clásica y del recurso al nivel nuclear.

b) *El nivel de la guerra nuclear,* caracterizado por el empleo de armas nucleares combinadas con acciones clásicas y de guerra fría, pero que sigue utilizando las acciones disuasivas o persuasivas de la amenaza de una mayor extensión de la guerra nuclear.

Así, pues, a cada uno de estos niveles —salvo en la paz completa, que no es sino un límite— se realiza una *dialéctica de acción y de disuasión,* resultando la acción tanto más reducida cuanto que la disuasión es más completa. A cada uno de estos niveles, las formas de acción son específicas, pero la interacción (activa o disuasiva, según sea el caso) con los restantes niveles es siempre completa.

Por tanto, tendremos que buscar:

— Por una parte, las leyes de la disuasión que se refieran a los medios de acción propios de cada uno de los niveles.

— Por otra parte, las leyes de la disuasión, que resultan de la interacción entre los niveles.



En fin, la clasificación de los cuatro niveles en tres categorías que nos hemos visto llevados a retener, presenta el interés de destacar el carácter singular del nivel de la guerra fría, que ya no es la paz, pero que no comprende el empleo público y evidente de la fuerza militar. Veremos que tal nivel, a causa de la disuasión nuclear, entraña propiedades de máxima importancia.

* * *

El problema que vamos a abordar es, por tanto, el de los medios necesarios para mantener la verdadera paz. ¿Es suficiente, es indispensable también el arma nuclear? ¿Son asimismo indispensables o simplemente útiles otros medios? ¿Son capaces de influir en la situación nuclear? Tales son las preguntas cardinales que nos plantea la estrategia de la era nuclear.

Esta investigación se llevará a cabo en dos etapas.

En primer término, consideraremos el problema bilateral más sencillo, el que existió durante cierto tiempo entre los Estados Unidos y la U. R. S. S. En esta situación, hoy teórica, se verá que el problema es ya muy complejo. Habremos de descubrir la clave de tal fenómeno, a fin de poderla aplicar seguidamente al problema real de la disuasión multilateral.

Se verá que semejante análisis, siempre delicado y a veces ingrato, permite conclusiones esclarecedoras, lo cual justifica el esfuerzo que se haya hecho para alcanzarlas.

# CAPITULO II

# ANALISIS DE LA DISUASION BILATERAL

En este capítulo suponemos que sólo dos adversarios se hallan frente a frente. El resto del mundo no existe. En semejante situación, vamos a buscar cuáles son las causas y los matices de la disuasión a cada uno de los niveles —y ya se verá que son bastante diferentes— y cuáles relaciones de fuerza pueden permitir prever ésta o aquélla categoría de disuasión.

Se trata de un análisis fundamental para el resto del estudio. Desgraciadamente, es inevitable que sea bastante abstracto.

La disuasión bilateral implica una serie de acciones y



de reacciones que se ordenan según categorías de conceptos distintos entre sí. Para puntualizar esos mecanismos, es preciso, ante todo, analizar las condiciones de equilibrio y desequilibrio a cada uno de los niveles, es decir, las diversas situaciones de la disuasión; seguidamente, analizar las modificaciones de tales equilibrios causadas por la influencia que ejercen los restantes niveles. Entonces estaremos en condiciones de tratar de comprender los principios que rigen la maniobra de disuasión bilateral, concebida como una serie de acciones sintéticas a los diversos niveles con vistas a la disuasión máxima.

Tal es el plan al que vamos a ceñirnos.

## 1. ANALISIS DE LAS SITUACIONES DE DISUASION

### Análisis de la disuasión a nivel nuclear

El arma nuclear es la que ha impuesto la plena conciencia de la noción de disuasión, hasta ponerla a la altura de factor principal de la estrategia. Es, por tanto, esencial disecar a fondo el mecanismo de la disuasión a nivel nuclear. Es tanto más necesario cuanto que actualmente nos encontramos ante teorías nucleares bastante contradictorias, y con harta frecuencia basadas en una apreciación insuficiente de la naturaleza de los fenómenos de disuasión, muy complejos, como se verá.

#### *El riesgo nuclear*

La base de la disuasión nuclear es *la certeza de las destrucciones* que provocaría el empleo de estas armas, ya

que sólo cabe preservarse de ellas en forma muy incompleta [1]. Por consiguiente, el arma nuclear representa una «capacidad de destrucción» de escala suficientemente amplia como para que no se menosprecie ni se dude de las devastaciones considerables que no dejaría de producir. Es esta *amenaza de destrucción* la que origina la disuasión, en razón de la importancia cierta del *riesgo* que entraña.

Tan evidente es el riesgo nuclear que, con harta frecuencia, se tiene tendencia a contentarse con una apreciación sumaria, sin analizarla. Mas es justamente el análisis del riesgo nuclear el que permite comprender mejor la extensión y los matices de la disuasión nuclear.

En el estudio sistemático de la disuasión que llevamos a cabo en el Instituto Francés de Estudios Estratégicos, se llegó a establecer primero una escala de riesgos con cuatro categorías características: el riesgo nulo; el riesgo aceptable, de justificarlo la puesta; el riesgo inaceptable, salvo para una puesta mayor, y el riesgo inaceptable, cualquiera que sea la puesta. A título indicativo, se atribuyó un valor arbitrario a tales categorías: de 0 a 2 por 100 para la primera; de 2 a 10 ó 15 por 100 para la segunda; de 10 ó 15 por 100 a 50 por 100 para la tercera, y de 50 a 100 por 100 para la cuarta [2].

Ahora bien, este primer esbozo de calificación del riesgo no es suficiente. Primero, como se acaba de ver, por incitar a asociarla a la noción de puesta, tan cierto es que la disuasión es la resultante de una comparación desfavorable entre el riesgo y la puesta. Matemáticamente, la disuasión comenzaría allí donde el riesgo fuera superior a

(1) Cf. *Introducción a la Estrategia*, Cap. "Estrategia atómica".
(2) El riesgo se ha valorado en porcentaje de recursos totales de un país susceptibles de ser destruidos por el ataque adverso.



la puesta. Psicológicamente, los diversos factores de incertidumbre, incluida la imposibilidad de valorar exactamente la puesta, hacen que el riesgo disuada mucho antes de haber alcanzado la paridad con la puesta. Digamos también que la comparación de las puestas de los dos adversarios indica el grado de tensión del conflicto que los opone.

Pero la calificación esencial del riesgo nuclear resulta de la distinción que se impone entre el campo que tira el primero y el que replica, ya que el primero tiene todas las ventajas, al parecer: escoge el momento, goza de la sorpresa, todos sus medios están intactos; el que replica, por el contrario, ha sido sorprendido y ha visto destruidos y desorganizados parte de sus medios. Por tanto, existe una asimetría importante entre el ataque y la réplica. ¿Cuál de ellos ha de tomarse como medida de peligro nuclear?

Durante bastante tiempo el interés se centró en el ataque: era la época en que dominaba la preocupación por la hipótesis del ataque por sorpresa, el «Pearl Harbour» nuclear, y en que se presentaba tentador el ataque preventivo o preemptivo [1]. Más tarde, se impuso progresivamente que la probabilidad de semejante ataque se iba haciendo cada vez más débil, a medida que la réplica a tal ataque apareció como más cierta y desvastadora. Recíprocamente, de poder ser muy eficaz el ataque, la réplica se tornaría débil o problemática, y en semejante caso el ataque resultaba cada vez más probable. Así se llegó a descubrir que *la capacidad de réplica era la clave de la disuasión nuclear*, mientras que *la aptitud para reducir la réplica era la clave de la iniciativa nuclear*.

(1) Preventivo: iniciativa completa del asaltante.
Preemptivo: forma de prevenir una iniciativa adversa que se estime inminente.

Esta noción sencilla dista aún de ser comprendida por todos, como se verá dentro de un instante. En efecto, si el ataque por la primera «frappe» [1] sólo se hace probable, luego plausible, por ser capaz de reducir notablemente la réplica de la segunda «frappe» [2] adversa, se hace evidente que su cualidad primordial residirá en su aptitud para destruir la mayor parte posible de las fuerzas de réplica: *por tanto, el primer ataque ha de ser con prioridad anti-fuerzas* [3], pues de otro modo no haría sino incitar a una réplica intacta, en todos los casos demasiado temible. Por el contrario, puesto que la disuasión de tales ataques reposa en el temor a la réplica, es preciso que ésta sea tan invulnerable como fuere posible al primer ataque y que su capacidad de destrucción sea lo más gravosa que pueda lograrse para el agresor; por consiguiente, que tome como rehenes a las ciudades, las fábricas y, en términos más generales, los recursos: *la segunda «frappe» debe ser con prioridad anti-recursos* [4].

### *Las situaciones nucleares bilaterales*

Partiendo de estas nociones, se ve mejor que la valoración de la estabilidad nuclear depende directamente de la *dialéctica de las segundas «frappes»*, es decir, de la comparación entre la eficacia de las réplicas de los dos adversarios consideradas como el efecto presumido de la totalidad del remanente de sus fuerzas. Por tanto, es el valor respectivo de la eficacia de las capacidades de réplica de los dos adversarios el que determina la «situación nuclear». Haciendo variar tales situaciones respectivas y ensayando todas las combinaciones posibles, se impone la serie completa de situaciones nucleares bilaterales imaginables. Este análisis se hace con sumo detalle en el estudio de base [1], al que puede referirse quien desee precisiones. Baste aquí con evidenciar el hecho de que existen cuatro situaciones nucleares características:

- «Estable absoluto», cuando ambos adversarios se ven amenazados con réplicas inaceptables, cualesquiera que sean las puestas.
- «Inestable absoluto», cuando cada uno de los dos adversarios toma seguridades para que no se le inflija ninguna réplica caso de tirar el primero.
- «Superioridad absoluta» de uno o del otro —o sea, dos situaciones—, cuando uno u otro se aseguran, al tirar el primero, de que no recibirá ninguna réplica (ver esquema 1, pág. 67).

Entre estas cuatro situaciones absolutas, y para valores intermedios de la capacidad de ataque y de réplica, existen situaciones mixtas que constituyen zonas marginales de inestabilidad (si el riesgo de réplica es escaso por ambas partes), de superioridad del uno o del otro (si el riesgo de réplica es escaso), de estabilidad (si el riesgo de réplica es muy grande, pero aceptable en razón de una puesta mayor).

Ahora bien, lo que llama la atención en este esquema, que constituye una buena representación gráfica del fenó-

(1) Primera "frappe": acción de aquel de los adversarios que toma la iniciativa de emplear armas nucleares estratégicas.
(2) Segunda "frappe": réplica nuclear del adversario a la primera "frappe".
(3) Es decir, tomando por objetivo las armas nucleares adversas.
(4) Es decir, tomando por objetivo los recursos adversos, singularmente las ciudades.

(1) Véase la revista *Stratégie*.

meno [1], es que las situaciones inestables por motivos diversos sólo existen de ser nulo o muy escaso el riesgo de réplica. Tan pronto como el riesgo de réplica deja de ser meramente débil, nos hallamos ante situaciones de estabilidad más o menos absolutas. Por ello, resulta claro que la situación actual entre la U. R. S. S. y los Estados Unidos está en la zona estable. Incluso entre Gran Bretaña o Francia y la U. R. S.S. no es imposible ver establecerse una especie de estabilidad relativa; basta para ello que su capacidad de réplica se valore al 10 ó 15 por 100 de los recursos soviéticos.

El problema de la disuasión nuclear se sitúa, pues, en general, en el marco de situaciones de estabilidad.

### *Estudio de la estabilidad nuclear*

Esa estabilidad nuclear merece un atento análisis, por prestársele cualidades que no siempre tiene, al no hacerse distinciones entre las diversas categorías de estabilidad.

Es exacto que dos adversarios, de los cuales uno tiene, por ejemplo, una capacidad eficaz de réplica del 90 por 100 (capacidad efectiva de destrucción del 90 por 100 de los recursos de su adversario), y el otro una capacidad eficaz de réplica del 15 por 100 (capacidad efectiva de destrucción del 15 por 100 de los recursos de su adversario), se encuentran en una situación de disuasión recíproca —al menos mientras la puesta no sea tal que el más fuerte se avenga a perder el 15 por 100 de sus recursos. Este equilibrio relativo entre 15 y 90 se ha tomado como base de

(1) Véase revista *Stratégie*.



lo que se ha llamado «el poder igualador del átomo». El fenómeno implica, en efecto, un grado de equilibrio que hubiera sido impensable con los medios clásicos dada esta relación de fuerzas.

Pero falta mucho para que exista *igualdad* entre 15 y 90. Con una capacidad de réplica del 90 por 100 de los recursos del adversario, el bando más potente se beneficia con una capacidad de disuasión absoluta respecto al más débil, en tanto que este último sólo tiene una capacidad de disuasión relativa (y limitada al 15 por 100) respecto al más fuerte. El más débil no tiene más que una capacidad de *disuasión defensiva*, sólo válida para la defensa de su territorio, pudiendo, por el contrario, el más fuerte amenazar con la utilización de su 90 por 100 de capacidad si es que se aviene a perder el 15 por 100. Entonces puede ejercer una *disuasión ofensiva* de la que no es capaz el más débil, disuasión que le permitiría, por ejemplo, impedir al más débil que reaccione frente a un ataque a tercero e incluso contra él mismo. En resumen, si bien la disuasión defensiva directa y relativa es bastante fácil de conseguir (y de ahí la gran estabilidad actual), la disuasión defensiva indirecta es mucho más difícil, por suponer una capacidad de disuasión ofensiva que depende en último término de la aptitud para tirar el primero con un mínimo de riesgos o, por lo menos, dar la impresión de que se osará tirar el primero. Es el problema capital de la plausibilidad del primer ataque.

### *Plausibilidad del primer ataque*

La estrategia nuclear se presenta un poco como esos

sueños en que, en una amplia casa abandonada, se abren, habitación tras habitación, puertas sucesivas, sin que jamás se encuentre el fin. Partimos del riesgo nuclear; después, del primer ataque; luego, de la importancia de la réplica; seguidamente, de las situaciones de equilibrio; ahora estamos ante la necesidad de mantener un primer ataque plausible. ¿No es esto un lujo, un refinamiento para potencias muy ricas y no sería posible contentarse con una disuasión defensiva?

Abordamos aquí una de las cuestiones más importantes de la estrategia nuclear, sino la más importante. En efecto, a pesar de la complicación de los sucesivos razonamientos, no se le puede escapar al sentido común que el efecto disuasivo de todo el edificio reposa en una cosa muy sencilla, pero capital: el temor a ver que uno u otro tira el primero. Pues si ninguno pudiera tirar el primero, no habría réplica, y si nadie temiera que el otro tirase el primero, ya no habría disuasión nuclear. Ahora bien, la desaparición de la disuasión nuclear —a despecho de la opinión poco reflexionada de ciertos sabios de fama— sería una espantosa catástrofe, ya que perderíamos la ventaja de la estabilidad originada por el átomo en nuestro mundo en rápida evolución. Por tanto, el problema de la plausibilidad del primer ataque no es, en modo alguno, un problema secundario. Por el contrario, sin saberlo muchos de nuestros contemporáneos, domina toda la seguridad de nuestro tiempo.

Para que el primer ataque conserve cierta plausibilidad, se han empleado o propuesto concurrentemente tres métodos.

El primer método —el único verdaderamente satisfac-



torio— consiste en *convertir el primer ataque en racional*, tomando medidas para reducir la réplica adversa a un índice moral y políticamente soportable. Para alcanzar tal resultado hay que disponer o bien de una capacidad contra-fuerzas suficiente (es decir, aplastante), o bien de un sistema de interceptación antiaviones y antiproyectiles muy eficaz o bien de ambas cosas. Se ha visto que el rendimiento de las acciones contra-fuerzas tendía a reducirse notablemente, sobre todo desde el desarrollo de los submarinos Polaris. En lo que respecta a la interceptación anticohetes, existen técnicas, pero plantean problemas de extrema complejidad. Parece ser que los norteamericanos han aplazado temporalmente la puesta en marcha del programa correspondiente y que prefieren centrar el esfuerzo en sus medios ofensivos. Por el contrario, es posible que los soviéticos hayan realizado algo en este ámbito, al menos tal dicen. Es de observar a este respecto que la defensa anticohetes es actualmente el único antídoto de la amenaza que representan los submarinos Polaris, lo que justificaría la opción soviética. También es de señalar que la solución del problema anti-fuerzas mediante anticohetes presenta numerosas ventajas: 1) es políticamente mejor, ya que no hay que asumir la responsabilidad de tirar el primero; 2) se adapta a las diversas categorías de amenaza (ICBM, Polaris, aviones, etc.); 3) puede tener un rendimiento muy alto cuando el primer ataque adverso no es muy denso. En cambio, es, sin duda, muy onerosa, difícil de mantener al nivel de los métodos de ataques (que no dejarán de utilizar tretas) y de fácil saturación de ser muy denso el primer ataque adverso. De todas formas, una defensa anti-

cohetes —táctica defensiva— tiene de hecho un valor estratégico ofensivo, por salvaguardar la capacidad de réplica. Su posible desarrollo en los años venideros, tal vez por ejemplo, gracias a las propiedades de las explosiones extraatmosféricas, pudiera modificar considerablemente el equilibrio actual. Pero, de momento, es de pensar que a pesar de las tácticas contra-fuerzas o anticohetes, el valor de las réplicas, tanto norteamericana como soviética, rebasaría ampliamente los índices de destrucción que justificaran el desencadenamiento de los primeros ataques.

El segundo método, inevitable al parecer cuando no es posible emplear el primero, consiste en *ir más allá de la irracionalidad* del primer desencadenamiento, proclamando su voluntad de llevar a cabo una réplica automática en circunstancias definidas de antemano. Esta decisión declarada puede reforzarse por las delegaciones de desencadenamiento proclamadas públicamente, de suerte que el adversario tuviera la seguridad de que ese desencadenamiento no dejaría de tener lugar en semejante circunstancia. Tal método presenta en apariencia una gran eficacia. En realidad, tropieza con el hecho de que un desencadenamiento automático, que tuviera por efecto acarrear una réplica mortal, equivaldría a un suicidio. La plausibilidad del suicidio no es nula, pero es muy débil. Para que el método sea suficientemente convincente, sería preciso que cumpliera alguna de las condiciones siguientes: que el suicidio pudiera ser evitado por tener el primer ataque bastante eficacia como para reducir notablemente la réplica adversa (caso del método anterior), o bien que quien deba tomar la decisión lograra hacer creer que podría actuar en forma irracional provocando la destrucción de su pue-



blo. Puede decirse que la primera hipótesis parece cada vez menos posible, a medida que las fuerzas de ataque son más invulnerables, y que la segunda hipótesis sólo puede ser una solución de emergencia, a falta de otra, para mantener en el adversario una duda, por pequeña que fuera. Es, de todas maneras, un método de amenaza de orden declaratorio, que es de desear nunca tuviera que emplearse, por si acaso no diera resultado.

El tercer método consiste en *hacer más racional la decisión irracional* de desencadenar el primer ataque, restándole su carácter irremediable de provocación a la réplica: se declara que el primer ataque sólo constituiría una advertencia limitada y que, por este hecho, no debería provocar necesariamente una réplica «espasmódica». Por lo demás, para disuadir al adversario de actuar en esta forma, se guarda en reserva una fuerte capacidad invulnerable de destrucción contra-ciudades. Al amparo de esta disuasión, se declara estar dispuesto a acciones nucleares limitadas, o incluso «sub-limitadas», tácticas o estratégicas. Así se confía en impresionar al adversario y llevarlo a un compromiso antes de que se produzca cualquier escalada. De no bastar esto, alzando el tono en un grado, se desencadenaría un ataque anti-fuerzas, no tocando nunca a las poblaciones adversas para no forzar al adversario a una réplica contra-ciudades. De tener que llegar a ataques estratégicos contra-ciudades, esta etapa sólo se abordaría progresivamente con acciones parciales muy limitadas. Es de imaginar que ante esas amenazas crecientes alguno de los dos adversarios se cansaría el primero de ese póquer infernal, y que, de todos modos, se habría realizado el ahorro

de las destrucciones masivas del intercambio nuclear par
xístico, tal como se concebía en 1955.

Este método, en el que se reconoce la última doctrin
de McNamara, es más sutil que el anterior. Sin emba
go, dista de ser ideal, por ser varios los reparos que se
pueden oponer:

1) La advertencia de una acción elimina en el adversa
rio las inhibiciones que hubieran podido resulta
del temor a desencadenar una catástrofe. Al huma
nizar la guerra, se la hace pensable, es decir, me
nos improbable.
2) El empleo de tiros de aviso, considerado com
normal, hace correr el riesgo de desencadenar re
acciones en cadena, a pesar de todas las intencione
limitadoras. Es muy peligroso.
3) La hipótesis de acciones contra-ciudades, incluso l
mitadas, parece rebasar todos los límites de la pr
dencia y la moral.
4) Este juego progresivo, que tiende al compromis
corre el riesgo de no impedir a tiempo que el a
versario logre importantes ventajas que le permita
ocupar una posición provechosa en los regateos u
teriores.
5) Para evitar la escalada, el método necesita dispone
de una fuerza de ataque invulnerable y muy tem
ble, lo cual prohibe su empleo disuasivo a las p
tencias nucleares secundarias.
6) De disponer el adversario de una defensa antipr
yectiles eficaz, los tiros limitados a unos cuanto
disparos tienen todas las probabilidades de ser i
terceptados.



Estos argumentos no carecen de valor y es de lamentar que se haya presentado este método como susceptible de *sustituir* el método de la réplica masiva. Se hubiera obtenido mayor grado de disuasión y flexibilidad de haber podido combinar ambos métodos, dejando al adversario en dudas respecto a la forma de reacción que desancadenaría y reservándose la elección de la réplica mejor apropiada al incidente.

Pero al aspecto más notable de la doctrina que así se esboza bajo el signo de la estabilidad, es la aparición de un *concepto de empleo limitado de las armas atómicas*. Bajo la influencia de la estrategia aérea, que presidió el nacimiento de la estrategia nuclear, el concepto inicial se vio dominado por la noción de destrucción realizada en la forma más violenta posible y llamada «espasmódica». La ventaja de la sorpresa, luego del ataque actuando el primero, incitó a montar un empresa racional y gigantesca de destrucción total para prevenir la del adversario. En la medida en que se impone que tal destrucción sólo podría ser recíproca, ese concepto pierde de su razón de ser. Se llega entonces a considerar las armas atómicas lo mismo que las restantes armas, cuyo empleo en su paroxismo siempre ha sido excepcional. Aquéllas tienden a convertirse en lo que siempre debieran haber sido: en uno de los elementos del juego de conjunto que apunta a la disuasión o a la capitulación del adversario.

Este concepto parece actualmente un poco utópico, por destacar demasiado de los modos de pensamiento anteriores. Por el contrario, un examen atento del problema lleva a la conclusión de que es esta dirección la única que permita imaginar un conflicto nuclear en una situación

de estabilidad —y en la medida en que tal conflicto aú
siga siendo imaginable.

No obstante, debe observarse que ni el segundo ni
tercero de los métodos anteriores aportan una solució
satisfactoria al problema que plantea la creciente estabil
dad del nivel nuclear, estabilidad que corre el riesgo d
liberar la acción de la violencia a los otros niveles. Hay qu
ver las cosas con claridad: si la estabilidad nuclear d
masiado asegurada representa un grave peligro —que e
lo que creo—, no hay otro remedio que volver a hallar e
camino de cierta inestabilidad nuclear [1]. Ahora bien, po
este camino no existe más que una verdadera solución
disponer de nuevo de una capacidad contra-fuerzas suf
ciente mediante la acción ofensiva o mediante la inte
ceptación.

*El debate contra-fuerzas y contra-recursos*

Así abrimos una nueva puerta que da a una idea ant
riormente examinada, pero que ahora se presenta con lu
diferente. Se quería que el primer ataque tuviera una c
pacidad contra-fuerzas suficiente, a fin de que la réplic
adversa se redujera hasta hacerse soportable; era este u
concepto de disuasión restringido al caso particular co
siderado. Al punto a que hemos llegado, vemos que e
realidad se trata de mantener el valor de todo el sistem
de disuasión nuclear. Es un problema capital.

Las opiniones sobre este tema son muy divergente
Numerosos teóricos, de ambos lados del Atlántico —y,

(1) El objetivo es obtener el máximo de estabilidad por la disuasió



parecer, del telón de acero— se han convertido en prota-
gonistas de una teoría de la disuasión basada esencialmen-
te en la amenaza de destrucción de las grandes ciudades.
Se ha recomendado que se constituyan fuerzas de repre-
salia suficientes, limitadas e invulnerables («*finite deter-
rent*») y hasta se ha deseado en ocasiones que el adver-
sario dispusiera simétricamente de semejante fuerza. La
mayor parte de los planes de desarme se inspiran en esa
idea, que lograría indiscutiblemente una situación nuclear
tan perfectamente estable que se pregunta uno cómo po-
dría extenderse la disuasión nuclear a los demás niveles.
Esta estrategia del equilibrio, excelente para impedir la
guerra nuclear, es errónea, ya se ha visto, a partir del mo-
mento en que logra un equilibrio demasiado perfecto, de
ser la guerra a secas lo que se quiere evitar.

Pero a estos argumentos de orden general se añaden
otros de inspiración técnica. Los submarinos Polaris, los
Minuteman en silos de cemento armado y fórmulas aná-
logas, permiten ahora que resulte prácticamente invulne-
rable una fracción importante y, sin duda, creciente de
las fuerzas de represalia. Entonces, ¿por qué gastar su-
mas astronómicas para conservar una capacidad contra-
fuerzas notable, ya que, de todas formas, será preciso su-
frir una réplica insoportable? Y se agrega que los soviéti-
cos han estado muy acertados al no lanzarse en una polí-
tica anti-fuerzas: con un número restringido de armas es-
tratégicas, amenazan de destrucción las principales ciuda-
des norteamericanas, lo cual basta para paralizar el arse-
nal nuclear norteamericano, mucho más importante y mu-
cho más costoso. En fin, ¿se puede verdaderamente discri-
minar los objetivos militares (contra-fuerzas) y los objeti-

vos civiles (contra-ciudades)? El ataque de los primer provocaría necesariamente destrucciones importantes e tre los segundos.

¿Es posible formular un juicio respecto a esta tesi La solución del problema requiere volver a las nocion fundamentales que expuse en *Introducción a la Estrateg* Hay que evitar en absoluto el tomar lo accesorio por principal y ordenar las diversas nociones con el fin poder entender los caracteres inevitables del fenómeno.

¿De qué se trata? *Se trata de cosas distintas para l norteamericanos y los soviéticos*. Los norteamericanos t nen frente a ellos a un adversario que, tradicionalmen lleva a cabo una acción ofensiva e insidiosa en el modo la estrategia indirecta, en tanto que con sus potentes fu zas militares protege su territorio y sus conquistas en de la estrategia directa. Esta estrategia total ofensiva requiere, por consiguiente, en estrategia militar, sino pacidades defensivas. Ciñéndose a esta línea de conduc es cómo la U. R. S. S. ha establecido su fuerza de ataqu dentro de esta misma línea de conducta es cómo aceptó compromiso que siguió a la crisis de Cuba. Por el cont rio, para los norteamericanos, que en conjunto tienen u estrategia indirecta más bien defensiva, es esencial dis ner de una capacidad nuclear que conserve cierto va ofensivo, a fin de persuadir a los soviéticos para que rebasen ciertos límites en su infiltración indirecta. Fue gran parte gracias a esta capacidad ofensiva como pud ron dar un corte en seco eficaz en Cuba. Es, por tan la diferente naturaleza de las estrategias totales la q permite a uno renunciar a una capacidad contra-fuerzas obliga al otro a salvaguardar a toda costa una capaci



ontra-fuerzas no desdeñable. Por fin, hay que agregar que i, efectivamente, la acción contra-fuerzas no puede dejar e salpicar bastante gravemente a las poblaciones, la ca- acidad contra-fuerzas se distingue, sin embargo, en for- na bastante radical de la capacidad contra-ciudades: la rimera supone el poder alcanzar *separadamente* cada uno e los objetivos-fuerzas, en tanto que el ataque contra las oblaciones sólo requiere destrucciones generales que xigen muchos menos cohetes (por ejemplo, de 1 a 14 omo mínimo) [1].

Pero este primer diagnóstico no abarca sino parte del roblema. En efecto, en la coyuntura actual es esencial ara la paz mundial que exista por lo menos *una* Potencia apaz de mantener un valor disuasivo al nivel nuclear y ue tal Potencia, que por este hecho conserva cierta capa- idad ofensiva, sea al mismo tiempo una Potencia pacífi- a. Así resulta salvaguardado todo el edificio de la di- uasión.

Para valorar toda la importancia de este hecho, imagi- emos primero que otra Potencia, no pacífica, se aprove- ha sola de la misma ventaja: la situación sería intole- able. Imaginemos ahora que los Estados Unidos renun- iaran a su disuasión ofensiva, es decir, a su capacidad ontra-fuerzas: la neutralización total del nivel nuclear que e ello resultaría haría posible el desencadenamiento y la xtensión de vastos conflictos militares clásicos que no

(1) Por ejemplo: Si bastara disparar tres cohetes de 1 Mt para estruir un punto de lanzamiento adverso (y ciertos especialistas estiman ue, para determinados puntos muy protegidos, habría que disparar de 8 a 24 proyectiles de 10 Mt), para destruir 480 ICBM (60 por 100 de s ICBM norteamericanos) sería necesario disparar por lo menos 1.440 ohetes. Para destruir el 60 por 100 de la población norteamericana, oncentrada en 54 ciudades, se precisarían normalmente 108 cohetes.

amenazarían directamente el territorio de los Estados
dos. Ello muestra que los Estados Unidos tienen razó
querer mantener una capacidad contra-fuerzas y que
dos nos aprovechamos de ella.

Entonces interviene el argumento técnico: la ca
dad contra-fuerzas tiende a hacerse de menos en me
eficaz, no sólo por desarrollarse los métodos de protec
sino también por obligar las leyes de la disuasión, p
mantener una disuasión eficaz, a ser capaces de dest
una proporción de las fuerzas cada vez mayor a me
que éstas sean más numerosas [1]. Más aún, en co
fuerzas del tipo actual (destrucción arma por arma
relación necesaria entre el número de armas a dispar
el de las armas a destruir (ver la nota de la página
rior), prohibe que los dos adversarios puedan compr
terse en una carrera de capacidad contra-fuerzas rec
ca [2] ¿No estamos en presencia de una imposibili
Dicho en otros términos, ¿no es inevitable la estabiliza
nuclear?

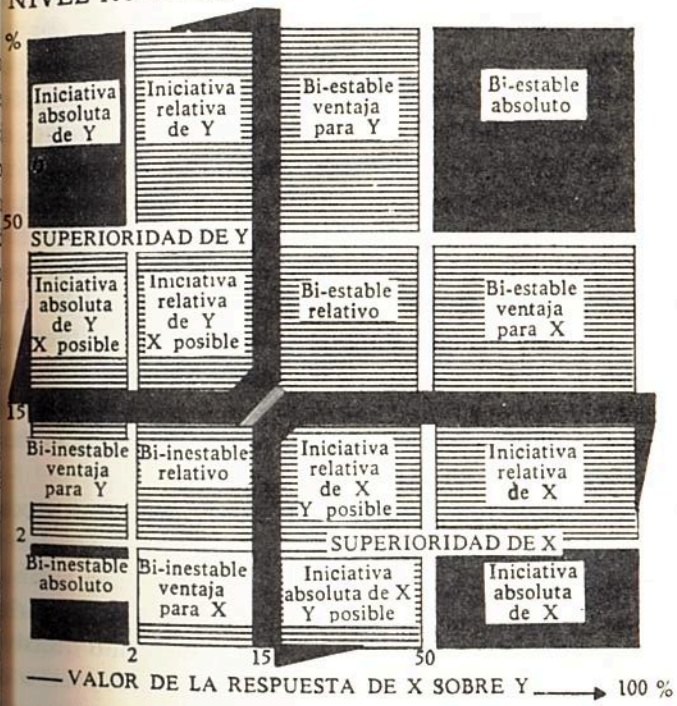
Para comprender esto volvamos una vez más a los
cipios. La estabilización nuclear hacia la que tendemo
un fenómeno análogo a la estabilización de los frent
fines de 1914. Resulta así que los factores tácticos qu
gen la disuasión han alcanzado cierto valor en la fase
nica actual. Había estabilización en 1914 por ser déb

(1) El cálculo muestra que, por ejemplo, para reducir a men
10 por 100 una capacidad contra-recursos enemigos del 50 por 100,
pacidad contra-fuerzas opuestas ha de ser del 75 por 100 (ver el e
del IFDES, revista *Stratégie*).

(2) Suponiendo que sea necesario lanzar N armas nucleares par
truir un proyectil enemigo, cada vez que uno de los adversarios po
arma en servicio, el otro debe construir N armas para mantener su
cidad contra-fuerzas. Según la misma ley, el primero deberá dispon
tonces de $N^2$ armas para destruir N proyectiles adversos. La ley d
cimiento contra-fuerzas para cada adversario es, por tanto, una p
sión geométrica de razón $N^2$.



LAS SITUACIONES DE DISUASION BILATERAL A NIVEL NUCLEAR.



movilidad táctica con relación a la movilidad estraté
y por superar con mucho la capacidad defensiva la c
cidad ofensiva. En disuasión nuclear, la movilidad ap
si parece intervenir, pero también en este caso es por
berse acrecentado fuertemente la capacidad defensiva
perjuicio de la capacidad ofensiva: los submarinos y
silos de cemento armado de 1964 desempeñan el papel
las trincheras y las alambradas de 1915. Tal situación
es ni inevitable ni definitiva. La estabilización sólo seg
siendo completa en la medida en que el valor de los
tores tácticos no resulte modificado, a fin de que recob
cierta capacidad ofensiva. Para ello hay que conceder
eficacia a las tácticas contra-fuerzas mediante la inter
ción de nuevas técnicas. Es ahí donde debe centrars
esfuerzo. Es lo que tal vez hayan hecho los soviéticos
es que verdaderamente han desarrollado —como lo
declarado— un arma antiproyectiles eficaz.

Así el debate entre las doctrinas contra-fuerzas y
tra-recursos se ilumina con una verdad que domina a
bas: en estrategia no hay que partir de lo que es posi
sino buscar lo que es necesario y esforzarse por logra
Si no se puede, se habrá evidenciado el elemento deci
y no quedará lugar para la sorpresa cuando el azar
adversario hayan conseguido al fin restablecer las co
ciones requeridas. Si se puede, se habrá dirigido la ev
ción en lugar de padecerla.

*Conclusiones sobre la disuasión nuclear bilateral*

Más allá de los matices, de las verdades cambia
y de todas las controversias, la clave de la disuasión



ear es la capacidad contra-fuerzas, porque sólo esta ca-
acidad, de ser suficiente, es la que hace plausible el des-
cadenamiento del primer ataque, y porque es la ame-
za de este desencadenamiento la que constituye la di-
asión. Las fórmulas únicamente contra-recursos no son
ausibles, desde el momento que el desencadenamiento
l primer ataque provocaría una réplica demasiado de-
stadora y que tal suicidio no está justificado por una
uesta total. He aquí lo esencial de la disuasión nuclear
lateral. Se verá más adelante que las leyes de la disua-
ón multilateral son un tanto diferentes.

El hecho de que la táctica contra-fuerzas se revele ac-
almente como siendo cada vez más difícil y que sus
sultados se hagan problemáticos, nada cambia a las con-
usiones anteriores; pero acarrea el corolario de que la
suasión nuclear está viendo reducirse su influencia por
a tendencia a la estabilidad que en breve podría alcan-
r la parálisis [1]. Al estudiar los otros niveles, veremos
áles pudieran ser sus repercusiones.

Pero importa subrayar que la situación actual sólo
ene valor transitorio y que puede modificarse en todo
omento por una innovación técnica, como las que tal
z se produzcan en el ámbito de la interceptación de los
oyectiles.

Esta conclusión implica consecuencias que se tiene
rta tendencia a perder de vista, a pesar de la creciente
portancia del hecho nuclear, pero a causa de los cam-
os posibles en la relación de las capacidades efectivas de
strucción, la eficacia de la disuasión nuclear puede adop-

(1) Por falta de credibilidad, la disuasión nuclear haría posibles conflictos menores que se hubieran querido impedir con una amenaza de escalada por débil que fuera.

tar valores muy diferentes, incluso en la situación de e
librio más o menos absoluto que parece ser la de los
principales adversarios. Al nivel nuclear mismo, esos
versarios pueden hallarse en situaciones muy distintas
suasión ofensiva por la capacidad de realizar un pri
ataque plausible; disuasión defensiva al nivel nuclear
ser tan perfecto el equilibrio que provoque la parálisis
sando por todas las fórmulas de disuasión parcial que
rresponden al riesgo de desencadenamiento de un pr
ataque al sobrepasar cierto nivel de violencia o de pu
Como se verá más adelante, la influencia del nivel nu
en los demás niveles será tan pronto total como débil
cluso hipotética.

El carácter esencialmente variable de la disuasión
clear le resta ese valor de panacea permanente que
presta con demasiada frecuencia, devolviendo a la d
sión propia de los demás niveles una importancia eve
que en ciertos casos puede revelarse preponderante.

## Análisis de la disuasión a nivel clásico

El nivel clásico es conocido desde hace siglos. Lo
cemos tanto que sus rasgos esenciales se nos escapan,
los de una persona familiar. Por otra parte, no est
habituados a considerarlo desde el ángulo nuevo de
suasión. Vamos, pues, a emprender este estudio ciñé
nos al método de análisis que la disuasión nuclear
impuesto. Ya se verá que esta disección pondrá de
fiesto muchos aspectos inesperados.



### *riesgo clásico es la victoria del adversario*

En disuasión nuclear hemos tomado por punto de par-
da la noción de riesgo, del riesgo de destrucción inme-
ata, física y mensurable. Al nivel clásico, el riesgo que
suade es menos sencillo: es el temor a ser vencido, o
a a ver que el adversario logra la victoria. Esta diferen-
a con el nivel nuclear es considerable, pues si la destruc-
ón nuclear es inevitablemente bilateral en grados diver-
s, *la victoria es necesariamente unilateral*. Esto es lo que
a promovido la boga de la guerra clásica en el transcur-
de los siglos: la esperanza de éxito justificaba los sacri-
cios, ya que la victoria los compensaría. Se ha visto an-
riormente que tal visión debiera haberse modificado con
advenimiento de los conflictos de la era manufacturera;
ero queda el hecho de que el nivel clásico entraña un as-
ecto tan poco determinado que explica «el aventurerismo»
or el que tantas veces se recurrió a él. Además, la espe-
anza de éxito ha sido con frecuencia bilateral. En razón
e la esperanza de éxito, el riesgo provocado por una gue-
ar se aceptaba gustosamente. Por ello, la disuasión resul-
a reducida o anulada, siendo así para los dos adversarios.

La identificación de esta particularidad del nivel clási-
o ha llevado a tomar por base del análisis de la disuasión
ásica la *dialéctica de las esperanzas de victoria* de los
os adversarios. A tales esperanzas se les ha asignado una
scala de cuatro categorías, como para la disuasión nu-
lear, y se ha tratado de definir la serie completa de si-
uaciones bilaterales que resultan de todas las combinacio-
es posibles de los diversos valores de «esperanza de vic-
oria» de ambos adversarios.

*Las situaciones clásicas bilaterales*

*Esta dialéctica de las esperanzas de éxito* queda gr
camente reflejada en el esquema número 2 (ver pág.

En él volvemos a hallar, naturalmente, las mismas si
ciones bilaterales absolutas que en el esquema del n
nuclear (bi-estable, bi-inestable, superioridad de uno o
otro de los adversarios), así como los mismos márgenes
termedios de situaciones relativamente estables, inestab
o de superioridad. Pero lo que llama la atención de
un principio es que la zona de situaciones inestables
ocupado el lugar de las situaciones estables del esque
nuclear. Es decir, que *el nivel clásico tiende a ser ine
ble tan pronto como las esperanzas de éxito dejan de
mínimas*. Ciertamente, esta comprobación puramente
rica ha de ser seriamente matizada por los factores ps
lógicos de inhibición e incertidumbre: de hecho, la z
de inestabilidad clásica puede reducirse notableme
pero queda que el nivel clásico es por naturaleza un n
inestable, lo mismo que el nivel nuclear tiende a la e
bilidad.

En perfecta simetría con el nivel nuclear, el proble
de la disuasión al nivel clásico se sitúa, por tanto, en
neral, en el marco de las situaciones de inestabilidad.

*Estudio de la inestabilidad clásica*

Si la «esperanza de éxito» origina la inestabilidad, ¿c
es la exacta naturaleza de esa inestabilidad? No se t
aquí de considerar nuevamente todo el problema estr



gico de la victoria militar clásica, y, por otra parte, hay que mantener el estudio en su verdadero plano, que es el de la disuasión y no el de la guerra. Ello nos lleva entonces a reconocer que la disuasión clásica no resulta de una «capacidad de victoria» análoga a la que hemos llamado «capacidad de destrucción» al nivel nuclear, la cual sería un valor material que se expresara con cifras, sino que resulta de la *opinión* que se tiene de la capacidad de victoria del adversario.

Mas en la guerra clásica las previsiones respecto a los resultados de un conflicto proceden directamente de las concepciones doctrinales elaboradas y admitidas por los jefes militares. Un bando valora las posibilidades del otro bando con su propia doctrina: en 1939, la línea Maginot no disuade a Alemania, que tiene una doctrina ofensiva; pero la línea Sigfredo disuade a Francia, por creer Francia en la fortificación. El *juego de la disuasión clásica ha de hacerse, por consiguiente, apoyándose en las doctrinas del adversario.*

Por otra parte, en el ámbito clásico vuelve a encontrarse una dialéctica entre la ofensiva y la defensiva comparable a la que presentan las tácticas contra-fuerzas y contra-recursos en el ámbito nuclear. Sin embargo, también aquí las diferencias son notables. La defensiva clásica, de triunfar, impediría la victoria enemiga: su valor disuasivo es al mismo tiempo limitador, en tanto que su análoga, la táctica contra-recursos, esencialmente defensiva y disuasiva, de ser empleada, llevaría, como se ha visto, a la destrucción completa del adversario. La ofensiva clásica apunta a la victoria militar y a la ocupación del territorio enemigo, mientras que la táctica contra-fuerzas, esencialmente ofen-

siva, tiende a limitar la amplitud de las destrucciones
De suerte que cada uno de los elementos comparables
los niveles clásicos y nuclear presenta características
munes, pero con signos opuestos, lo que indica a las clar
el contraste entre estos dos niveles.

Por ello, en tanto que el problema de la disuasión n
clear ha tendido a la búsqueda de la inestabilidad, el pr
blema de la disuasión clásica consistirá en reforzar
estabilidad.

*Cómo reforzar la estabilidad clásica*

Por lo demás, fue precisamente así como se razonó in
tintivamente entre las dos guerras cuando se intentó s
vaguardar la paz. Las soluciones adoptadas en aquella ép
ca correspondían a la comprensión que se tenía del
nómeno.

Se trató de oponer a Alemania fuerzas clásicas del m
yor volumen posible mediante un esfuerzo de armamen
y movilización que se completó con coaliciones o *entent*
militares, reforzándose el valor defensivo de tales fuer
con la potencia de fuegos y de la fortificación.

El error entonces cometido era doble. Por una par
como ya se ha señalado anteriormente, se quiso disuad
tomando por base nuestras propias doctrinas defensiva
no las del adversario. Pero, por otra parte, y sobre todo,
cometía la equivocación de creer que la disuasión se
graría haciendo más difícil la victoria adversa, cuan
*para disuadir al nivel clásico hay que hacer temer su pr
pia victoria*. Sólo una fuerte capacidad ofensiva, como



que habría proporcionado un cuerpo acorazado, inútilmente preconizado por las mentes más esclarecidas de aquella época, y apoyado por una aviación eficaz, hubiera podido impedir que se desarrollaran los proyectos de Hitler.

Así, en contra de nuestras doctrinas y de las tendencias de los medios pacifistas, es con la capacidad ofensiva y no con la capacidad defensiva como se hubiera podido disuadir, lo mismo que al nivel nuclear la verdadera disuasión pasa por la capacidad contra-fuerzas.

Pero contrariamente a lo que se produce al nivel nuclear, no por ello se hubiera logrado la verdadera estabilidad del nivel clásico: al desarrollar cada uno de los adversarios sus capacidades ofensivas, la situación se hace siempre más inestable; al imaginarse cada uno de los bandos que tiene grandes posibilidades militares, se siente siempre más tentado por la aventura. El menor incidente basta entonces, como en 1914, para desencadenar el drama.

Descubrimos aquí una propiedad capital de la disuasión que, pese a su aspecto realmente paradójico, constituye una verdadera ley: *la carrera de los armamentos clásicos crea la inestabilidad, en tanto que la carrera de los armamentos nucleares origina la estabilidad*, por favorecer la primera los espejismos de una victoria posible, en tanto que la otra acrecienta la certeza de recíproca destrucción.

Esta tan importante conclusión, comprobada lo mismo por la estabilidad de la Historia reciente como por la inestabilidad que permitió el desencadenamiento de los grandes conflictos militares del siglo XX, muestra hasta qué extremo sería grande el peligro si la disuasión nuclear viniera a desaparecer mediante un acuerdo de desarme

mal concebido, por ejemplo. El nivel clásico es inestab
por naturaleza y la guerra a este nivel, con armament
modernizados, puede ser muy devastadora.

De hecho, para estabilizar el nivel clásico, como
verá más adelante, no se ha encontrado hasta ahora si
un solo método verdaderamente eficaz: *la introducción*
*las armas nucleares en el nivel clásico*. Así se consigue
dos consecuencias favorables: con la amenaza de inte
vención de un medio nuevo que no ha sido experimenta
en combate, se crea una incertidumbre completa en cuan
a los resultados tácticos de una batalla y, por consiguie
te, en todo el desarrollo de la campaña; con la amena
de empleo de explosiones atómicas de débil potencia
hace temer la posibilidad de escalada hasta el nivel n
clear estratégico y, de este modo, se amplía al nivel c
sico la estabilidad lograda al nivel nuclear. Aquí tambi
las conclusiones lógicas se contraponen a muchas opini
nes corrientes, más instintivas que razonadas.

### *Conclusiones sobre la disuasión al nivel clásico*

El rápido análisis que antecede ha sistematizado
máximo y de propósito las conclusiones sucesivas, a ri
go de caricaturizar a veces un poco la verdad, siemp
más compleja que las explicaciones que de ella se facilita
La razón de ello es que el tema de la disuasión clásica n
cesitaba ser presentado en sus aspectos más caracterís
cos para poner de manifiesto el contraste entre la disu
sión clásica y la disuasión nuclear, así como las leyes p
pias de la disuasión al nivel clásico, tan familiar y tan m
conocido.



Incluso señalando todos los matices necesarios, puede concluirse que el nivel clásico es un nivel naturalmente inestable y que su estabilidad es tan difícil de lograr como la inestabilidad del nivel nuclear.

Pero la coexistencia de dos niveles que tienen características opuestas puede ser utilizada para remediar sus inconvenientes principales: ligando entre sí los niveles nuclear y clásico, esencialmente con las armas atómicas tácticas, se aporta al segundo la estabilidad de que carecía y se devuelve al primero el riesgo elemental de inestabilidad que necesita para seguir desempeñando su papel de gran estabilizador.

## Análisis de la disuasión a nivel de la guerra fría

La idea de estudiar las posibilidades de disuasión al nivel de la guerra fría es nueva. Resulta de una ampliación de los hábitos de pensamiento que se adquirieron bajo la influencia de las armas nucleares, pero nada prueba *a priori* que tal ampliación sea posible.

En efecto, a medida que nos vamos alejando de los conflictos más violentos, se difumina la noción de riesgo. Ahora bien, el riesgo es el agente de la disuasión.

### *Análisis del riesgo en la guerra fría*

¿Cuál puede ser la naturaleza de los riesgos en la guerra fría? De primera intención la respuesta parece difícil, aunque sólo fuera en razón del aspecto multiforme de

las acciones de la guerra fría. ¿Existen verdaderame
rasgos comunes entre el apoyo a una revolución, un t
tado de comercio o una presión diplomática? Sin embar
de no dejarse desanimar por esa complejidad, si se bus
a pesar de todo, una explicación de conjunto, nos per
tamos de que el nivel de la guerra fría presenta una o
ginalidad fundamental con relación a los demás nivele
*no se trata ya de impedir la guerra fría, pues está des*
*cadenada desde hace tiempo* y se desarrolla aquí y allí
forma latente. Por lo demás, tan insidiosa es en sus f
mas menores que, con frecuencia, no tiene desencade
miento que se pueda barruntar. El nivel de la guerra f
es más que inestable; está en constante movimiento.

Esta primera comprobación pone al descubierto to
un mundo de consecuencias lógicas: la disuasión en l
demás niveles apuntaba a impedir el empleo de la fuer
por el adversario, o sea a impedir una reacción que co
tituyera la iniciación de un tipo bien definido de hostilida
al nivel de la guerra fría, la disuasión sólo puede tende
impedir el desarrollo de las crisis y las tensiones laten
en la lucha permanente que opone a dos potencias. A u
acción preventiva se sustituye una acción curativa. P
tanto, ya no es una verdadera disuasión, sino, de hec
*una estrategia de acción.*

Todo se aclara partiendo de esta idea de estrategia:
nivel de la guerra fría, se trata de llevar victoriosamen
esta forma de guerra en modo menor. Para ello dispo
mos de grandes principios bien conocidos que caracteriz
toda forma de lucha y que he destacado en *Introducci*
*a la Estrategia* [1]: hay que privar al adversario de

(1) Vid. *Introducción a la Estrategia*, Cap. "Estrategia indirecta".



libertad de acción, pero conservando la propia, para po-
der alcanzar el objetivo señalado. La clave de todo el pro-
blema es la libertad de acción y *el riesgo en la guerra fría*
*no es otro que la pérdida de la libertad de acción.*

### *Libertad de acción en la guerra fría*

Tenemos al fin cogido el criterio buscado. Sólo nos res-
ta ahora sacar de él, si es posible, deducciones exactas.

¿Cuál es la esencia de la libertad de acción en la gue-
rra fría? En esta forma de guerra, en que la fuerza resulta
siempre velada e insidiosa, todos los actos que se sitúan
por debajo de cierto grado de violencia son materialmente
posibles, porque materialmente no podrían impedirse. Des-
de este punto de vista, la libertad de acción sería total en
el estrecho margen propio de la guerra fría. No obstante,
bien sabemos que no hay tal y que múltiples y diversas
consideraciones intervienen para paralizar las iniciativas.
Ello quiere decir que la libertad de acción se ve generalmen-
te limitada menos por disposiciones materiales que por el
ambiente psicológico, y más concretamente por *el ambien-
te psicológico de la opinión internacional*. He aquí la idea
central de la disuasión a nivel de la guerra fría.

En el estudio de la estrategia indirecta [1] puse de ma-
nifiesto el hecho de que este tipo de lucha se ganaba en
primer término merced a la maniobra efectuada en el ta-
blero mundial para paralizar al adversario con mil lazos
de disuasión, como los liliputienses supieron encadenar a
Gulliver, y había denominado esta maniobra psicológica,

(1) Vid. *Introducción a la Estrategia*, Cap. "Estrategia indirecta".

realizada con medios políticos, diplomáticos, económicos y militares, *la maniobra exterior*.

Una vez así aislada y fascinada la presa, la maniobra interior no era más que cuestión de ejecución. Sin duda hay casos en que es tal la «cohesión anímica» (como dice Ludendorff) de la presa que no brinda ninguna agarradera a la acción directa de la guerra fría (Berlín e Israel, por ejemplo); pero cabe preguntarse si esta cohesión resistirá durante mucho tiempo frente a un ambiente internacional desfavorable. De todas maneras es, sin embargo, el tablero internacional el generalmente decisivo, y es mediante este tablero como puede lograrse la mejor disuasión.

### *Las situaciones bilaterales de la guerra fría*

¿Se puede ahora, como se ha hecho para los demás niveles, tratar de discernir las diversas situaciones bilaterales de la guerra fría e intentar una representación gráfica referida esta vez no ya a la dialéctica de las capacidades de destrucción opuestas, ni a la de las esperanzas de éxito, sino a la dialéctica de las libertades de acción?

Las situaciones bilaterales de la guerra fría son evidentemente las mismas que en los demás niveles: superioridad, inferioridad, equilibrio, inestabilidad, con todos los matices que van de lo absoluto a lo relativo, pero su sentido no es el mismo, puesto que se trata de luchar y no de impedir un desencadenamiento. Ahora bien, si en los demás niveles una gran incitación al desencadenamiento podía ser bilateral —lo que producía una situación bi-inestable absoluta—, no puede suceder otro tanto a nivel de



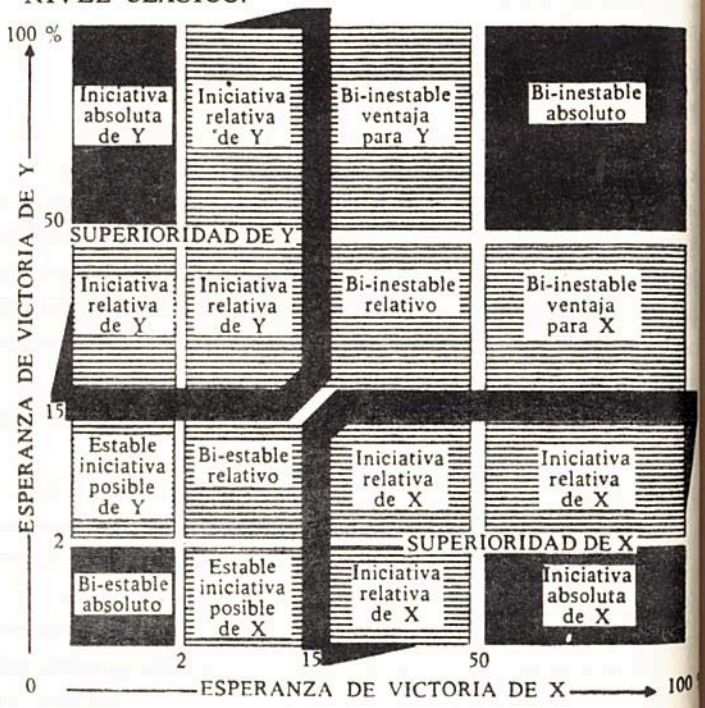
la guerra fría, en que todo se centra en la libertad de acción. Esta libertad de acción considerada bajo el aspecto de la lucha de dos adversarios se encuentra en oposición dialéctica. Desde este punto de vista, *la libertad de acción de uno de los adversarios limita siempre la del otro adversario.*

Si tratamos de representar esta idea en forma sumaria con un gráfico «parlante», y si tomamos como abscisas y ordenadas las libertades de acción de los dos adversarios, como en el esquema número 3 (ver pág. 81), el cuadro de las situaciones se verá limitado por hipérbolas tales que el producto de las dos libertades de acción será constante. Esta representación brinda la ventaja de destacar tres propiedades importantes:

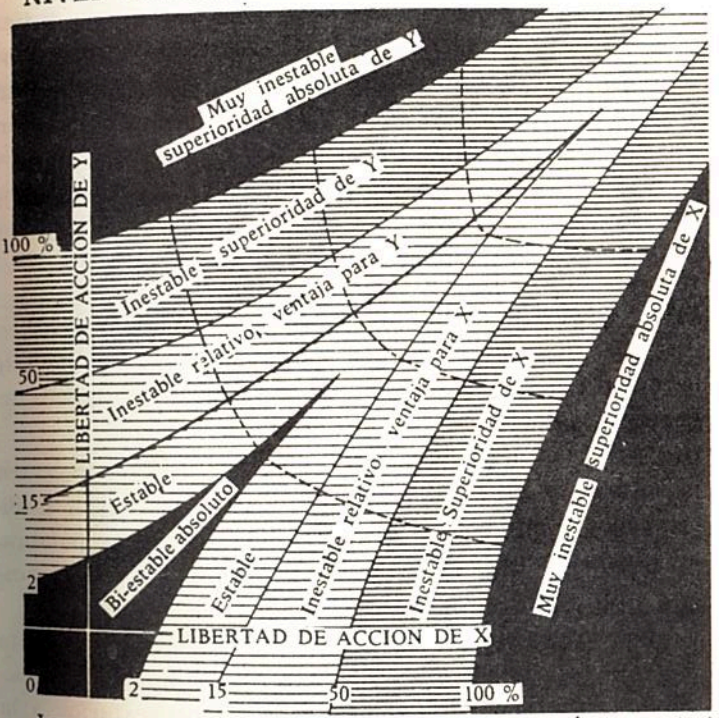
1.ª No existen situaciones bi-inestables como en los demás niveles.
2.ª Las situaciones bi-inestables absolutas sólo existen para valores muy débiles de la libertad de acción, o sea de una impotencia total de los dos adversarios.
3.ª Las situaciones de equilibrio relativo (bi-estables) que resultan de las libertades de acción iguales son muy precarias y se transforman rápidamente en superioridad absoluta del uno o del otro.

Para aquellos a quienes no convenciera esta explicación de apariencia matemática, digamos que tal esquema muestra un aspecto muy característico de la guerra fría: sus equilibrios son muy precarios y tan pronto como se pierden, se asiste a un fenómeno de bola de nieve que incluso puede transformarse en avalancha absolutamente incontrolable. Las situaciones de equilibrio relativo son

## 2. LAS SITUACIONES DE DISUASION BILATERAL A NIVEL CLASICO.




## 3. SITUACIONES BILATERALES DE EQUILIBRIO A NIVEL GUERRA FRIA.




Las curvas indican esquemáticamente el supuesto producto constante de las libertades de acción para una intensidad dada. Cada curva corresponde a una intensidad de lucha diferente.

aquellas en las que hay que intervenir, o sea a nivel de los pródromos, pues en otro caso sería demasiado tarde. Ello pone de manifiesto la prima extraordinaria concedida a la iniciativa y a la ofensiva a nivel de la guerra fría, a riesgo de desencadenar fenómenos que rebasen el objetivo perseguido, como fue el caso para el comunismo ruso sembrado por Alemania en 1917, para el arabismo de Lawrence, el anticolonialismo norteamericano, etc.

*Conclusiones sobre la disuasión a nivel de la guerra fría*

El estudio de la disuasión a nivel de la guerra fría destaca muy claramente las características esenciales de este nivel, cuya complejidad justifica el análisis que hemos tenido que hacer:

1. El nivel de la guerra fría es un nivel de lucha en movimiento constante. No se le puede aplicar la disuasión total en el sentido nuclear de la palabra. Su equivalente es la puesta en práctica de una estrategia que apunte a la libertad de acción.
2. La libertad de acción depende en muy gran parte de la atmósfera internacional; por tanto, de la acción llevada a cabo por la maniobra exterior a la zona en la que se quiere actuar.
3. El equilibrio en la guerra fría es particularmente inestable y concede la ventaja a la iniciativa y a la ofensiva, aun a riesgo de desencadenar fenómenos que escapen a toda dirección.

Observemos finalmente que al estudiar el nivel de la guerra fría hemos puesto de manifiesto el hecho de que



este nivel es un nivel de acción constante, en el que la disuasión no tiene en absoluto el carácter que presenta en los que comprenden el empleo de las armas clásicas o nucleares; en estos últimos, la disuasión reposa en situaciones bilaterales definidas en una amplia medida por la relación de fuerzas; tales situaciones son tan eficazmente coercitivas que pueden llevar a la parálisis completa de esos niveles, de suerte que la acción de las armas está siempre limitada en el tiempo, cuando no resulta descartada durante largos períodos. Por el contrario, a nivel de la guerra fría, la disuasión es siempre relativa y parcial, por lo cual la acción a este nivel es permanente en una u otra forma. De ello resulta que las leyes del nivel de la guerra fría —y en particular el esquema en hipérbola que simboliza la inestabilidad de las situaciones— son en realidad leyes de la acción en general, es decir, las leyes de la estrategia.

Por consiguiente, el nivel de la guerra fría se impone como el de la estrategia total, cuando la disuasión es capaz de prohibir el empleo de las armas clásicas o nucleares.

Ello confirma, si preciso fuera, que *el nivel de la guerra fría es el nivel operativo moderno por excelencia*. Ambitò de predilección de la estrategia indirecta en razón de los riesgos materiales inmediatos casi nulos que entraña, requiere la máxima vigilancia, ya que los fenómenos que en él se desarrollan rebasan con frecuencia las previsiones y las posibilidades de control de los adversarios. La economía de sangre y de esfuerzos que permite realizar, resulta a veces contrarrestada por cataclismos más graves que aquellos que se presumía evitar.

Por su fundamental inestabilidad y sus consecuencias

imprevisibles, la guerra fría revela ser el ámbito de los aprendices de brujo.

Razón de más para esforzarse en descubrir los caminos sutiles a través de los cuales se la pudiera el fin estabilizar. Este tema, muy delicado, que sólo se aborda aquí, habrá de ser objeto de un estudio ulterior.

## 2. ACCIONES RECIPROCAS DE LOS DIFERENTES NIVELES

Cada uno de los niveles, como acaba de verse, tiene su carácter propio y sus leyes particulares. Aún queda por determinar la influencia que pueden ejercer los unos sobre los otros, sea para extender su poder de estabilización, sea, por el contrario, para propagar y ampliar su desequilibrio. Este es el orden según el cual se estudiarán sucesivamente ambos fenómenos: el primero de disuasión y el segundo de escalada.

### Acciones recíprocas de disuasión

#### *Influencia del nivel nuclear*

En un plano teórico, se ha visto que la disuasión nuclear podía adquirir muy diferentes valores según fuera la naturaleza del equilibrio logrado por las fuerzas nucleares. De acuerdo con tales valores, la influencia disuasiva del nivel nuclear en los demás niveles podría ser total, parcial o nula. Estas dos últimas posibilidades tienen como



consecuencia la previsión del logro de la disuasión en los demás niveles, ello con medios apropiados a tales niveles. Partiendo de estas consideraciones es como se ha reconocido la importancia y la necesidad de las fuerzas clásicas, cuyo papel puede ser o bien completar la disuasión nuclear cuando ésta es sólo parcial, o bien sustituirla incluso de ser despreciable su influencia sobre el nivel clásico. La tendencia recientemente señalada por los Estados Unidos en favor de un reforzamiento sustancial de las fuerzas clásicas en Europa correspondería, por tanto, a una apreciación pesimista del valor disuasivo del arma nuclear al nivel clásico.

No carece de interés tratar de precisar cuál puede ser la situación actual. Para que la disuasión del nivel nuclear se extienda a los demás niveles es necesario, en primer término, que las acciones de las que se quiere disuadir en esos otros niveles sean susceptibles de justificar el desencadenamiento del primer ataque. No obstante, ya se ha visto que tal desencadenamiento era generalmente poco plausible al nivel nuclear. Es decir, que la acción disuasiva del nivel nuclear en los demás niveles sólo será verdaderamente eficaz en el caso de que la acción nuclear implique riesgos aceptables —es decir, menores—; por consiguiente, en el caso de que la situación nuclear sea inestable, con una clara superioridad en favor de aquel que quiera disuadir. Semejante situación, ya se sabe, es excepcional. Este es el motivo de que se haya tratado tan afanosamente de devolver a la intervención nuclear un mínimo de credibilidad, a pesar de la estabilidad de la situación. Por tanto, se puede concluir que, salvo en circunstancias particularmente favorables, la disuasión producida en los demás ni-

veles por la amenaza de intervención nuclear es poco pla
sible y su valor de disuasión casi despreciable.

Sin embargo, la existencia del nivel nuclear y de sus p
ligros proporciona otra especie de disuasión, menos forma
pero más eficaz: incluso de no temerse que la acción em
prendida (a nivel clásico, por ejemplo) baste para dese
cadenar el primer ataque adverso, se puede temer que lo
acontecimientos más o menos imprevisibles que sigan
esta acción puedan provocar la escalada al nivel nuclea
En lugar de una estabilización directa y automática, com
en el caso anterior, la existencia del nivel nuclear crea un
atmósfera de prudencia esencialmente estabilizadora. Ta
prudencia impedirá normalmente que se recurra a accione
demasiado importantes. En cambio, las acciones menores
reiteradas si es preciso, escaparán a la disuasión y és
será singularmente el caso para las acciones emprendida
al nivel de la guerra fría.

En suma, el nivel nuclear ejerce normalmente una gra
influencia estabilizadora; pero tal influencia sólo pued
extenderse realmente al nivel clásico, y tan sólo cuando s
trata de acciones relativamente importantes.

Por este motivo, como se ha subrayado en el estudio d
nivel clásico, es indispensable que este nivel se haya co
vertido en completamente solidario del nuclear, median
la amenaza de empleo de las armas atómicas tácticas. Sól
a este precio —y con este riesgo— la disuasión nuclea
puede ser plenamente eficaz a nivel clásico.

En cuanto al nivel de la guerra fría, escapa normalmen
a la disuasión nuclear.



*Influencia del nivel clásico*

¿Puede ejercer el nivel clásico una influencia disuasiva en los niveles vecinos?

El nivel clásico puede tener una influencia sobre el nivel de la guerra fría, tan pronto como pueda temerse que las acciones de guerra fría desencadenen una intervención militar capaz de alterar la situación: la revolución de Hungría en 1956 ha mostrado uno de los límites de la libertad de acción en guerra fría; la capacidad de intervenir y de dominar por la fuerza, constituye una amenaza disuasiva muy poderosa [1]. Es lo que justifica la existencia de cuerpos de intervención sumamente móviles y suficientemente potentes.

Respecto al nivel nuclear, ya de por sí tan estable, puede uno preguntarse si la disuasión clásica es realmente necesaria. Históricamente, pudo ejercerse en los primeros años de 1950, cuando la U. R. S. S. no poseía fuerza de ataque y tenía frente a ella la naciente fuerza nuclear de Estados Unidos. Hoy en día resulta difícil aquilatar el valor disuasivo de las disposiciones que tomaron entonces los soviéticos, pero cabe hacer observar que hubieran podido tener cierto grado de eficacia en la relación de fuerzas de aquella época: la gran potencia en fuerzas clásicas de la U. R. S. S. representaba un objetivo militar sin proporción con la capacidad de destrucción de los Estados Unidos en aquel momento. Al desarrollar tácticas defensivas muy lógicas, muy bien protegidas de los efectos atómicos por un enterramiento generalizado, las fuerzas soviéticas hubieran

(1) No obstante, señalemos que, de haber sostenido a los húngaros en aquella circunstancia, incluso con medios indirectos, tal vez hubiera fracasado la intervención soviética.

podido sobrevivir en gran parte, conservando por este
cho una capacidad ofensiva lo bastante considerable co
para conquistar ulteriormente a Europa, entonces des
mada. Este ejemplo muestra que, en condiciones parti
lares, las fuerzas clásicas pueden desempeñar un papel
suasivo que no es despreciable al nivel nuclear. Sin
bargo, desde que la capacidad de destrucción por las
mas nucleares ha alcanzado la potencia que se sabe
poder disuasivo de las fuerzas clásicas sobre el nivel
clear es mucho más problemático.

No obstante, se ha de subrayar que las tendencias act
les en favor de un empleo limitado de las armas nuclea
tácticas y estratégicas, de confirmarse, pudieran lleva
devolver a las fuerzas clásicas cierto poder de disuas
sobre el nivel nuclear estratégico. En efecto, nos vo
ríamos a encontrar en una situación análoga a aquella
que se encontraba la U. R. S. S. en 1950, en la cual la su
vivencia probable de las fuerzas clásicas desempeñaba
papel disuasivo respecto al desencadenamiento de una
rra nuclear.

*Influencia del nivel de la guerra fría*

El nivel de la guerra fría, el más mesurado, el más
sidioso, no parece constituir *a priori* una amenaza
ciente como para impedir una intervención armada en
niveles superiores, cuando éstos no resultan disuadidos
los factores que actúan en tales niveles. Sin emba
también en este caso, el ejemplo histórico de los
1950 muestra que los fenómenos de disuasión son a



nás eficaces en el plano psicológico que en el plano mate-
ial. Cuando después de 1945 la U. R. S. S. inició su gran
ampaña de los Congresos de la Paz para alertar la concien-
ia internacional contra el empleo de las armas atómicas
ue no poseía, encontró un eco nada desdeñable en la ma-
or parte de los países. Sin que pueda decirse si esta cam-
aña impidió algo —ya que nadie quería desencadenar
a guerra—, creó incuestionablemente una atmósfera de re-
istencia al empleo de las armas nucleares y desarrolló
mportantes inhibiciones que, sin duda, desempeñaron cier-
o papel, por ejemplo, en Corea, en el momento del inciden-
e Mac Arthur, y en Indochina, con relación a proyectos de
ntervención en Dien Bien Fu. Esta misma inhibición psico-
ógica es la que contribuye a hacer muy difícil el empleo
e armas atómicas contra una nación no nuclear.

La influencia decisiva sobre el nivel clásico puede igual-
nente revelarse decisiva. Tenemos a este respecto el des-
enturado ejemplo de la operación de Suez en 1956, la
ual, a pesar de ciertos aspectos nucleares que, en reali-
ad, no podían tomarse en cuenta, fue detenida en pleno
xito por una acción de guerra fría. Otro tanto sucedió
on la protección de los «santuarios» F. L. N. de Túnez y
Marruecos, por ejemplo, o también con la expulsión de los
oviéticos de sus bases de Albania [1]. La imposibilidad
noral de llevar a cabo ciertas acciones militares consti-
uye un disuasivo por lo menos tan poderoso como todas
as amenazas materiales.

(1) En 1961, a consecuencia de la tensión creciente entre el Krem-
n y Tirana, un golpe de Estado prosoviético fracasó en febrero-marzo.
ncapaces en adelante de imponer su voluntad a los dirigentes albaneses,
os soviéticos se vieron obligados a retirar sus submarinos de la base de
alona en el mes de mayo.

Con ello queda expuesta toda la importancia del ni
de la guerra fría.

## El peligro de escalada

Sobre cada uno de los niveles, sea éste estable o in
table, se cierne la gran amenaza de ascensión al paroxis
atómico, lo que, de anglicismo a neologismo, se ha da
en llamar «escalada».

Esta eventualidad ha sido ampliamente utilizada p
las tesis más diversas: en favor o en contra del arma a
mica, estratégica o táctica. La escalada inevitable es el
pantajo de los antiatomistas y de las opiniones públicas.
misma amenaza de escalada es el argumento esencial
quienes preconizan la disuasión de la guerra por el a
atómica. Pero, en general, la noción de escalada sigue s
do muy subjetiva y vaga, aunque exista máximo interés
que pierda el carácter de creencia irracional o fatali

Existen dos clases de escaladas posibles: la escal
espontánea provocada por los ejecutantes y la escalada
decisiones adoptadas en los escalones responsables.

### *Escalada espontánea*

La escalada espontánea provocada por los ejecutan
tiene mucho éxito en la literatura: un aviador se vu
loco y prende fuego al mundo, un general carece de
gre fría y da la orden fatal, etc. Es evidente que ni
aviadores ni los generales están a salvo de trasto



nentales o de flaquezas, pero ese tipo de accidente sólo
odría tener alcance catastrófico si existiera al mismo
iempo un riesgo de escalada por decisiones responsables,
roblema que será examinado dentro de un instante. Como
nás vale reducir la probabilidad de semejantes acciden-
es, medidas de seguridad verdaderamente muy serias han
ido adoptadas y están siendo continuamente reforzadas:
as armas se hallan bajo vigilancia directa y permanente
e un servicio de guardia muy nutrido, constantemente a
a escucha de las órdenes de alerta; las órdenes de desen-
adenamiento llegan por dos conductos diferentes, que se
ontrolan el uno al otro; en fin, los dispositivos de segu-
idad de las mismas armas sólo se quitan mediante mensa-
es electrónicos cifrados. Las precauciones son tales que
más bien cabría temer que la réplica resultara retrasada
e ser ordenada. A pesar de estas salvaguardas, no se puede
segurar que un accidente sea imposible. Digamos que es
n todo caso altamente improbable y que el «teléfono
ojo» podría reducir su alcance.

### *Escalada voluntariamente preparada*

Queda el peligro de la escalada voluntaria, provocada
por la concatenación del conflicto. También aquí es pre-
ciso distinguir la escalada que resulte de las disposiciones
previstas de antemano y aquella que produjeran decisiones
adoptadas bajo la influencia de los acontecimientos.

Las disposiciones previstas de antemano pueden reve-
larse muy peligrosas, ya que su carácter de automaticidad
puede provocar reacciones irreversibles: este fue el caso

en el ámbito estratégico durante la época de las «repre
lias masivas» en la que un incidente grave, pero no fa
hubiera podido desencadenar una decisión de réplica
un momento de aberración originado por falsos inform
por ejemplo. Actualmente, las consignas permanentes
empleo de las armas entregadas a mandos de unidades
les como submarinos), en caso de ataque nuclear que
terrumpiera toda comunicación por radio, podrían dar
gar a iniciativas desgraciadas en un período de tens
durante el cual una tempestad electrónica pareciera
sada por explosiones nucleares. Digamos sin tardar que
les hipótesis ya no responden a nada real desde que
tácticas nucleares han podido liberarse de la obsesión
réplica estratégica inmediata, gracias a la posesión de
fuerza de represalia invulnerable y potente. Ya no estam
en los tiempos en los que cabía creerse en la obligación
lanzar sus proyectiles antes de que resultaran destruid
es decir, tan pronto como se señalaba el ataque adve
—lo cual podía ser una información errónea—. Por el c
trario, gracias a los submarinos Polaris y a los Minuter
en silos, se tienen todo el tiempo necesario para adop
una decisión de réplica y aguardar la confirmación del
que. El castigo —anti-ciudades— puede esperar un po
no por ello sería menos temible.

Esta estabilización reciente de la réplica estratégica (
se debe a la acción de Kennedy) no suprime el riesgo de
calada por reacciones automáticas, ya que el ámbito tác
no ha podido ser estabilizado de la misma manera: 1
defensa aérea hace uso de proyectiles tierra-aire con
beza atómica: su empleo, inevitable ante un ataque
sivo de bombarderos, puede provocar confusiones y



rrear una réplica nuclear; 2) la defensa terrestre está do-
tada de armas atómicas tácticas cuyo empleo está vincu-
lado a una decisión presidencial. Veremos más adelante el
problema que plantea tal decisión, pero hay que señalar
aquí que si las fuerzas terrestres resultaran arrolladas,
sería difícil negar al mando militar el empleo de sus armas
atómicas tácticas. Por tanto, la escalada «táctica» es muy
probable en cuanto la agresión presentara cierto grado de
gravedad.

Como se subrayó de pasada en el estudio de los dife-
rente niveles, esta eventualidad tiene la ventaja considera-
ble de mantener un alto grado de disuasión al nivel clásico
que, sin él, correría el riesgo de ser muy inestable. Es,
por tanto, una seguridad mediante un peligro, como todo
cuanto se refiere a la disuasión.

*Escalada voluntaria por arrebato.*

Pero este peligro sigue siendo limitado mientras no tenga
capacidad para desencadenar una réplica estratégica. Todo
el problema de la escalada se reduce, pues, a saber si el
empleo de algunas armas tácticas, bien por accidente, bien
por el propósito de impedir una derrota local, puede even-
tualmente o debe necesariamente poner en marcha el gran
holocausto recíproco.

El gran y verdadero peligro es, por tanto, el del arre-
bato de los jefes —no de los jefes militares, sino de los
jefes políticos en los escalones más altos—. Veamos cómo
se presentaría tal problema para ello.

Objetivamente, en cada uno de sus grados, *la escalada*

*resulta de una decisión tendente a evitar lo peor*: se
para el primero para evitar que el otro le mate a uno.
análisis de esta decisión permite poner de manifiesto cie
número de factores, de los cuales unos incitan a la abs
ción —o sea, a la estabilidad— y los otros a la ac
—por tanto, a la escalada—.

Como acaba de verse, el problema se presenta en fo
muy diferente según se trate de una réplica táctica o
una respuesta estratégica.

En el ámbito táctico, la decisión de emplear armas
micas depende de dos órdenes de consideraciones op
tas: el deseo de poner en jaque el ataque enemigo y el
mor de desencadenar un proceso que pueda llevar al su
dio recíproco. Esta segunda consideración es domina
con evidencia. Por este motivo, en definitiva, todo de
de de la estabilidad del nivel estratégico.

En el ámbito estratégico, se tropieza con el mismo
lema, pero considerablemente agravado: ¿hay que de
cadenar una acción nuclear que reduzca las posibilida
del adversario o sencillamente lo fuercen al compro
por demostrarle nuestra voluntad de resistencia, o
hay que abstenerse por temor a reacciones despropor
nadas con la puesta? La solución lógica de este dil
reside en el análisis de la situación nuclear.

En el plano material, la existencia de una capac
contra-fuerzas potente y eficaz constituye un factor e
vor de la escalada: el que la posee está tentado de
parar el primero para reducir el peligro de la réplica
versa a un nivel aceptable; el que se ve amenazado, t
tentaciones de disparar el primero para utilizar su p
capacidad de destrucción antes de que resulte not



ente reducida. Por ambas partes existe la tentación de
na acción preventiva. Es lo que hace que la capacidad
ntra-fuerzas tenga un efecto desestabilizador. A la inver-
, una capacidad de destrucción contra-ciudades más o
enos invulnerable ejerce una influencia estabilizadora:
que la posee está seguro de poder replicar siempre en
rma desvastadora: el que se ve amenazado, ya no tiene
terés por disparar el primero. Pero si esta capacidad de
estrucción contra-ciudades no es invulnerable, no puede
sperar la primera descarga enemiga y tiende a replicar a
na agresión no nuclear por la escalada nuclear.

En el plano psicológico, se ha visto que la incertidum-
re respecto a la relación de las fuerzas nucleares es
stabilizadora, mientras que la incertidumbre en cuanto
la resolución del adversario puede desempeñar un papel
eligroso que lleve a correr riesgos que se calculan mal.
l temor puede apresurar la decisión de actuar, de hallarse
no de los adversario en situación material favorable a
escalada; por el contrario, puede desempeñar un papel
stabilizador de parecer desfavorable a la escalada la si-
uación material.

De suerte que cabe establecer un cuadro comparativo
e los factores favorables y desfavorables.

| ESCALADA | ESTABILIZACION |
|---|---|
| 1. Capacidad contra - fuerzas amiga importante, capacidad contra - ciudades enemiga vulnerable + temor. | Capacidad contra - ciud enemiga invulnerabl temor. |
| 2. Capacidad contra - ciudades amiga vulnerable. | Capacidad contra - ciud amiga invulnerable. |
| 3. Resolución. | Duda. |
| 4. Apreciación errónea de la resolución adversa. | Incertidumbre respecto relación de fuerzas. |
| 5. Fracaso clásico demasiado grave. | Equilibrio clásico. |

### Conclusiones

Este balance esquemático muestra que, dada la s ción actual en que las fuerzas de represalias son en invulnerables, la máxima *probabilidad* está en favo la estabilidad. Se puede prever ahora que un empleo tado de armas nucleares no conducirá a la escalad cual da lugar a la vez a regocijarse e inquietarse, por empeñar la amenaza de escalada un papel estabiliz cuya ausencia puede permitir conflictos graves a ni la guerra fría e incluso al nivel clásico, originándos nuevos riesgos de escalada. Afortunadamente, la certe esta estabilidad no puede quedar asegurada.



En semejante estabilidad nuclear, la importancia de los iveles clásico y de guerra fría es considerable, por ser los los que pueden generar los errores que llevan a la es- lada.

Tales errores son los siguientes:

1. Puesta política o estratégica demasiado importante para el adversario (por ejemplo, Cuba).
2. Conseguir un éxito militar clásico demasiado importante.
3. Equivocarse respecto a la resolución adversa (por ejemplo, Cuba).

Estos tres errores de estrategia total ponen de manifiesto la necesidad de un juego siempre matizado y constantemente mesurado. La escalada no resulta de una especie de fatalidad mecánica, sino que podría producirse por convergencia de dos errores de maniobra concomitantes: una acción demasiado aventurada a la que respondiera una réplica demasiado radical. Por tanto, la escalada no imposible. Pero la experiencia de la crisis de Cuba, la que ambos adversarios dieron muestras de gran prudencia realista, permite concluir que *la escalada se va haciendo cada vez menos probable.* —

## LA MANIOBRA BILATERAL DE DISUASION

La maniobra de disuasión se presenta como un juego delicado en el que se combinan la amenaza del peligro la prudencia de los jugadores. Ninguno de los dos jugadores desea llegar a los extremos que originarían su pérdición; pero cada cual quiere demostrar con alguna

medida visible que abriga mayor determinación que
adversario y que su determinación resulta justificada
bazas que supo mantener secretas. Es un póquer infern
que así opone a dos jugadores de manos trémulas, co
nudo en la garganta y cuyas sienes laten.

*El ejemplo de Cuba*

El ejemplo de la crisis de Cuba demostró lo que p
ser tal maniobra, por lo menos a los niveles más co
dos de la violencia.

Desde el 15 de julio de 1962, los soviéticos estuvie
instalando en Cuba armamentos modernos, que preten
eran únicamente defensivos. El 4 y el 13 de septiem
Kennedy *declara* que, de no ser defensivos esos arma
tos, «se plantearían cuestiones muy serias». Da orde
fotografiarlos y *pide al Congreso* la autorización de lla
a 150.000 reservistas. Pero esta amenaza potencial n
suficiente para detener a los rusos, ya que, el 15
octubre, unas fotografías muestran, por fin, que los
B. M. se están instalando en Cuba. Simultáneamente
día siguiente), Malinowski *declara* que proyectiles s
ticos serán lanzados «a la primera señal de alarma».
norteamericanos deben, por tanto, rechazar la ame

El 22, Kennedy *anuncia* la «cuarentena» de Cuba
O. E. A. *vota* una resolución autorizando a los Est
Unidos a emplear la fuerza. Cuba moviliza. El 25, Ken
envía un *mensaje* escrito a Jruschev reclamando el
mantelamiento de las bases militares de Cuba, pue
caso contrario tomaría nuevas medidas. Simultánea



facilita a los soviéticos la indicación de proyectos de
róximo desembarco. Jruschev se doblega por primera vez:
etiene doce barcos soviéticos para que no entren en la
ona de interceptación y acepta la propuesta de suspen-
ión temporal hecha por la O. N. U. En dos *mensajes* se-
retos a Kennedy, que reflejan su inquietud, se aviene al
esmantelamiento de las bases soviéticas a cambio del
ese del bloqueo, el compromiso de no invadir Cuba y el
esmantelamiento de las bases norteamericanas en Tur-
uía. Kennedy, en posición de fuerza, deja sin embargo
asar varios barcos soviéticos, pero el 27 rechaza las
ropuestas de Jruschev, da seguridades respecto a cual-
uier invasión de Cuba y exige que los desmantelamientos
an controlados. El 28, el Pentágono *publica* la lista de
s unidades de reserva que han sido llamadas y *declara*
e 40.000 «marines» están dispuestos para desembarcar.
uschev acepta finalmente las propuestas de Kennedy.
ero Castro rehusa aceptar las medidas de control. El com
romiso se establecerá respecto al desmantelamiento de
s bases soviéticas a cambio de una promesa de no inva-
ón de la isla.

Esta primera experiencia histórica de una maniobra
lateral de disuasión llevada en caliente, pone de manifies-
el mecanismo de la operación. Lo mismo que en los
mbates homéricos, todo reposa al principio sobre *ame-
azas* verbales, subrayadas con *gestos significativos*. Pero
eclaraciones y gestos están calculados de forma que im-
resionen al adversario, sin por ello crear situaciones irre-
ersibles: Jruschev detuvo la mitad de sus barcos, al anun-
iarse la cuarentena; Kennedy dejó pasar buques soviéticos
in someterlos a control. Las amenazas proferidas, demos-

tradas con medidas materiales, no se llevan a cabo, manteniendo su presión: por ejemplo, Kennedy ase a Jruschev que no desembarcará en Cuba, pero al d guiente el Pentágono declara que 40.000 «marines» dispuestos para desembarcar. Como en un baile de lan bien dirigido, cuando uno avanza, el otro retrocede, pe se aleja demasiado, y el otro avanza a su vez.

Evidentemente, el objetivo no es la derrota del a sario, sino el *compromiso*, es decir, una solución en las ganancias resulten compartidas y limitadas por cesiones recíprocas. Por supuesto, esta es la gran d dad de tal estrategia, ya que no puede impedir la roe Pero al menos permite —como fue el caso en Cuba- mendar una situación demasiado aventurada sin pro riesgos excesivamente graves.

*El caso máximo*

La maniobra de disuasión podría efectuarse en un do de violencia más extenso, pero la técnica sería la ma: amenazas radicales, acciones limitadas destina demostrar la determinación de doblegar al adversa búsqueda constante del compromiso. De no mejor situación, relance mediante un grado real de esc fan pequeño como sea posible, acompañado de decla nes que hagan temer lo peor.

La cuestión de Cuba se resolvió utilizando las d tas más bajas de la escala (declaraciones y accione sicas hostiles) que corresponden al nivel de la guerra pero bajo la gran amenaza recíproca del holocaus



ar. Una crisis más grave pudiera obligar a emplear las stantes notas del teclado de la violencia, con excep- n de la más alta, la del intercambio nuclear «espasmó- co». De no ser suficientes las presiones acompañadas de ciones clásicas hostiles, sería preciso recurrir a la guerra sica limitada, pero con floretes embotonados durante nto tiempo como fuera posible. Si uno de los actores era entonces torpe o bien se necesitara evitar una de- ta rápida, el trueno de algunas explosiones atómicas ticas le cortaría la respiración al agresor y forzaría sin da a los contrincantes a entenderse antes de dar el último so. Si contrariamente a todas las esperanzas, el com- omiso siguiera siendo imposible, el más valiente —es cir, el menos atemorizado o el más inconsciente— des- cadenaría algunos tiros de aviso estratégicos, primero, vez, en el vacío; luego, si preciso fuera, contra objetivos litares o habitados. En el peor de los casos, a tal anda- da respondería otra tan limitada como aquella y, en guida, la amplitud de las destrucciones y el terror de las blaciones obligaría a buenas componendas. Esta ascen- n controlada, dosificada y calculada se asemejaría poco a escalada espontánea tantas veces descrita. Sería una placable guerra de nervios, un juego infernal jugado n la cabeza fría; una terrible prueba de voluntad, tan rrible que difícilmente se imagina cómo podría ser lle- da demasiado lejos.

Pero ¿no perdería la cabeza alguno de los contrincantes? un momento de desquiciamiento, ¿no desencadenaría bombardeo estratégico «espasmódico»? Aquí volvemos al oblema discutido a propósito de la escalada: salvo en so de locura —que no puede ser completamente exclui-

do—, una decisión de este tipo sólo sería posible par
contrincante que poseyera una capacidad contra-fue
que le permitiría reducir la réplica adversa a un ín
aceptable.

En la situación actual de las dos grandes potencias
micas, esto es altamente improbable. Por este motivo
mos visto jugarse la partida de Cuba con tanta prude
Por ello, si mañana una grave crisis obligara a subir
cuantos grados en el teclado de la escalada, se puede
la seguridad de que ninguno de los dos iría hasta el

Gracias a la disuasión nuclear y cualquiera que s
puesta, la gran guerra nuclear no debería tener lugar

## *Conclusiones*

Estabilización o escalada son fenómenos conta
que ligan entre sí los diversos niveles de empleo
fuerza, de los cuales se han visto las posibilidade
como las limitaciones. Por existir esos lazos, la disu
constituye un conjunto solidario en el que importa



zar lo mejor posible aquellas disuasiones de que se puede disponer y cualquiera que sea su nivel.

El arte consistirá entonces en combinar el efecto de la disuasión de las amenazas de escalada con las seguridades estabilizadoras que permitan impedir que la escalada se produzca: devolver al arma atómica su valor de espantajo y, no obstante, controlarla estrechamente; correr riesgos de escalada a los diversos niveles, aunque precaviéndose de ellos; estabilizar lo que puede ser peligroso, aunque dejando subsistir una parcela de riesgo.

En esta constante contradicción hay que explotar la tendencia natural de cada uno de los niveles: el nivel nuclear, que es el de la gran amenaza, cuya presencia infinitesimal —si se salvaguarda— basta para garantizar la paz; el nivel clásico, que, en primer lugar, ha de tapar grietas originadas por la disuasión nuclear, que harían posibles acciones menores o limitadas, pero que también puede, en razón de su componente atómico táctico, devolver al nivel nuclear un riesgo benéfico de inestabilidad; el nivel de la guerra fría, en el que todo puede hacerse casi sin peligro, pero cuya acción disuasiva puede extenderse a todos los niveles, al extremo de conseguir neutralizar superioridades materiales incuestionables.

Al combinar así con sagaz dosificación la amenaza apocalíptica, los obstáculos y los riesgos militares con las inhibiciones morales o políticas, la maniobra de disuasión teje entre los diversos niveles una tupida red de amenazas dosificadas y sagazmente confirmadas, así como prudentes seguridades que tienden a paralizar al adversario, salvaguardando al mismo tiempo la libertad de acción.

## 4. CONCLUSIONES DE CONJUNTO SOBRE LA DISU SION BILATERAL

Todavía no ha llegado el momento de concluir, po que el verdadero problema no es bilateral, sino multil teral. Mas ya se puede, por lo menos, concluir respect a los caracteres elementales del fenómeno de la disuasió

Evidenciada por el nivel nuclear, la disuasión se imp ne como siendo en realidad un fenómeno general c tendencias diferentes a cada uno de los niveles de acci (estabilidad en el nivel nuclear, inestabilidad en los ni les clásicos y de guerra fría) y con interacciones constant entre los niveles, los cuales permiten, en alguna mane modificar sus tendencias naturales.

Pero esta mecánica disuasiva está dominada por d contradicciones fundamentales:

1.ª A causa de sus riesgos inevitables y recíproc tan pronto como se desencadenara, el nivel nuclear es único que resulta verdaderamente disuasivo. Ahora bi este nivel tiende hoy en día a una estabilidad peligro ya que podría esterilizar su acción disuasiva en los dem niveles: Por tanto, se ha hecho indispensable practicar u estrategia de disuasión muy concienzuda y muy ate referida al conjunto de los niveles y que salvaguarde s gularmente el riesgo de escalada.

2.ª La maniobra de disuasión que se basa en el temo la guerra nuclear también ha de fundarse en la *repu de la guerra nuclear*: la guerra nuclear es ya impen ble y ninguno de quienes pueden hacerla acepta esa ev tualidad. Entonces, ¿cómo mantener su valor de a naza?



Se ha dado tres tipos de respuesta a esta contradicción:

— *hacer que la guerra nuclear sea racional*, conservando o restableciendo una superioridad tal (singularmente mediante una capacidad anti-fuerzas) que sólo fuera el vencido el que tuviera que soportar pérdidas inaceptables;

— *manejar la irracionalidad* de una guerra suicida para dejar susbsistir el temor a una reacción o a una escalada siempre posibles;

— *humanizar la guerra nuclear*, reduciendo su intensidad a proporciones modestas.

Ninguna de estas tres respuestas resulta plenamente satisfactoria por sí sola. Como siempre, la solución parece estar en prepararse a manejar lo mejor posible estas tres eventualidades: 1.ª) esforzarse por restablecer o fingir restablecer una superioridad ofensiva suficiente, de suerte que la amenaza nuclear sea racional; 2.ª) en su defecto, ampararse al máximo en una actitud irracional; 3.ª) si, a pesar de todo, se debiera llegar al empleo de las armas atómicas, humanizar y limitar la guerra tanto como sea posible. Esta combinación no es genial, pero representa el mínimo indispensable de flexibilidad.

Este es el motivo de que las soluciones dogmáticas y rígidas sean peligrosas, así como aquellas que rehúsan toda búsqueda de la superioridad ofensiva, toda irracionalidad, toda humanización (Sokolovski), o bien que, por el contrario, preconizan la humanización en la fase de disuasión (Mc Namara).

En la estrategia de disuasión, como en toda estrategia, cada solución puede ser la mejor en una de las coyunturas posibles y detestable en otras.

Asimismo, no es posible basar la disuasión únicam
te en el arma nuclear, en razón de su capacidad disuas
esencialmente variable, lo que condena todas las solucio
demasiado radicales. Lo ideal en esta materia sería r
lizar el equilibrio a cada uno de los niveles, lo cual, p
supuesto, no será posible generalmente. Entonces, se
pone la obligación de lograr un equilibrio de conjunto
los niveles, compensando la superioridad en uno de el
la inferioridad en otro. Pero, a fin de estar en condicio
de hacer frente a una parálisis eventual y más o me
completa del nivel nuclear, es indispensable que las fu
zas clásicas puedan ser rápidamente adaptadas al pa
a desempeñar, que en tal caso se convierte en primord
Esta consideración impone que se disponga de un siste
de fuerzas clásicas, cuyo volumen y potencia puedan
rápidamente aumentados según exijan las circunstanc
Tendremos ocasión de volver sobre esta cuestión en
capítulo IV.

Finalmente, cualquiera que sea el valor de la di
sión, sigue habiendo grietas a los niveles clásicos y de
rra fría. El nivel de la guerra fría, en particular, se h
casi enteramente a la disuasión nuclear.

De ahí resulta que en la era de la disuasión nucl
la acción se concentre al nivel de la guerra fría, increm
tándose a veces su valor con un empleo limitado de fu
zas clásicas. La disuasión nuclear no desempeña ya s
un papel negativo de limitación y de seguridad. El ju
positivo de la estrategia depende ahora de la coerción
diante las formas menores de empleo de la fuerza.



# CAPITULO III

## LA DISUASION MULTILATERAL

El análisis de la disuasión bilateral nos permite abordar ahora el estudio de la disuasión en su verdadera dimensión, que es multilateral, y por consiguiente, estar en condiciones de intentar responder a las principales cuestiones planteadas por la estrategia contemporánea.

Con esta perspectiva se seguirá el mismo método progresivo que el ya utilizado para la disuasión bilateral; se procurará, primero, desmontar el mecanismo de la disuasión multilateral merced a un atento análisis de la influencia ejercida sobre una situación nuclear bilateral por un tercer partícipe, aliado de hecho o de derecho, con uno de los

dos principales adversarios; seguidamente, fundándose e los resultados de tal análisis, se extrapolará para averigua los aspectos posibles de un sistema de disuasión de N pa tícipes. Finalmente, de ello se deducirán las consecue cias que parezcan imponerse en cuanto al valor y a forma de las alianzas militares en la era nuclear, así com las consecuencias relativas al angustioso problema de proliferación.

Este estudio es necesariamente ingrato, pero el tema de importancia.

## 1. EL PROBLEMA DEL TERCER PARTICIPE

El problema de la disuasión bilateral sólo representa una hipótesis de trabajo destinada a simplificar el estud inicial del fenómeno. En un sistema de disuasión bilater que opone a dos grandes potencias nucleares, la interve ción de un tercer partícipe, que se supone francamen más débil y aliado con uno de los dos adversarios pr cipales, lleva a penetrar en un ámbito en que rigen ley diferentes, por no tratarse ya de una simple dialécti sino de la combinación de las tres dialécticas simultáne resultantes de la acción de los tres partícipes considerad de dos en dos.

Para abordar este problema en extremo complicado, necesario, en primer término, aclarar bien lo que presenta la dialéctica del tercer partícipe que se supone bil con relación a un adversario potente. Trátase aquí un caso particular de disuasión puramente bilateral, como la estudiada en el capítulo anterior. Es importa



considerarla en sí, porque ha sido con este motivo y limitándose al aspecto bilateral como se han cometido con frecuencia numerosos contrasentidos.

### *Acción directa contra el adversario*

En efecto, si se considera la acción directa de este tercer partícipe contra su potente adversario, sin tomar en cuenta la acción del aliado del tercer partícipe, es obligado concluir con la disuasión del más débil por el más fuerte. La demostración completa es la siguiente.

Si el tercer partícipe es mucho más débil que su adversario, su capacidad disuasiva directa, tal como ha sido analizada en el capítulo anterior [1], depende de su capacidad de réplica. Si ésta sobrepasa un cierto porcentaje —muy débil, por ejemplo, de 5 a 10 por 100— de los recursos del adversario, puede decirse que su capacidad disuasiva es apreciable, por lo menos mientras el envite para el adversario potente no rebase muy claramente esta proporción de sus recursos. Pero semejante disuasión, es evidente, estará igualmente en función del envite para el tercer partícipe. En efecto, éste, en presencia de un adversario de la estatura de la U. R. S. S. o de los Estados Unidos, corre el riesgo de una destrucción superior al 50 por 100 de sus recursos y tal vez cercana al 100 por 100. El único envite que justifique su suicidio —y con todo es discutible— sería la pérdida total de su libertad: la desigualdad de las puestas puede, por tanto, llevar a una di-

(1) Vid. Cap. II, *Andlisis de la disuasión nuclear.* Estudio de la estabilidad nuclear.

suasión reciproca de los dos adversarios, pero es preci
para ello que el envite sea total para el más débil y men
para el más fuerte.

De añadir a este primer balance la incógnita repres
tada por la capacidad de supervivencia de los medios
réplica del tercer partícipe, se puede concluir que la d
léctica de un adversario muy fuerte opuesto a un adver
rio muy débil desemboca normalmente en la disuas
del más débil y en la libertad de acción del más fuer
salvo en el caso límite en que el más débil se viera am
nazado de la pérdida total de su independencia. La dis
sión directa conseguida entonces por el tercer partíc
reposaría casi únicamente en la idea que se hiciera
adversario de su resolución de recurrir a una decisión
sesperada.

Esta conclusión indiscutible en el plano bilateral
sido tomada como base de las críticas formuladas en Fr
cia y en el extranjero contra las pequeñas fuerzas de «fr
pe» independientes. Pero, como se verá a continuaci
esta conclusión elemental carece de valor tan pronto co
se la sitúa en un contexto multilateral.

### Influencia del tercer partícipe en la situación de equi-librio de los dos grandes

Esta influencia constituye la clave de la disuasión m
tilateral. En efecto, la dialéctica de los dos grandes adv
sarios conduce a una situación de equilibrio bastante p
ticular, que hemos analizado extensamente en el capít



anterior. *Es con relación a este equilibrio como han de valorarse las consecuencias de la intrusión de un tercer partícipe.*

#### *Aspecto de la disuasión bilateral en una situación de equilibrio relativo*

Tan pronto como los dos grandes adversarios se encuentran en equilibrio relativo (es decir, cuando la capacidad de réplica de cada cual es temible para el otro), ambos temen ante todo verse arrastrados a desencadenar su destrucción recíproca. A tal fin, como se ha visto en el estudio de la disuasión bilateral, evitarán mutuamente, mediante una política muy matizada, poner en juego envites que sean demasiado importantes para el adversario. De estallar una crisis, por accidente o por un error de apreciación de alguno de los dos, ambos entienden que ha de resolverse al mínimo precio, si es posible con simples amenazas y, si hay que actuar, haciéndolo en todo caso con acciones muy limitadas. En fin, de obligar la gravedad de la situación a mostrar la determinación de emplear si es preciso armas nucleares, ello sería al nivel de la violencia más bajo posible y mediante un desencadenamiento progresivo, para que la crisis pueda resolverse con un compromiso en cada una de sus etapas.

Esta preocupación de prudencia —que se puso plenamente de manifiesto a propósito de Cuba— no refleja en absoluto una falta de determinación, sino la conciencia aguda de los riesgos enormes que presenta la situación nuclear.

Ahora bien, en tal situación, a la vez estable e inquieta, es muy difícil que alguno de los dos grandes partícipes pueda ejercer una acción disuasiva en defensa de intereses que el otro sabe son marginales para su adversario.

Existen, en efecto, zonas de intereses marginales, pero desiguales para éste o aquél de los adversarios. Allí donde esos intereses parecen ser mínimos con relación a uno de ellos —o sea, que no justifiquen que éste corra grandes riesgos— y más importantes para el otro, este último está tentado de ejercer el chantaje de la crisis. De dar entonces el asociado pruebas de una resolución superior a aquella con que se contaba, la crisis puede adquirir peligrosas proporciones, a menos de que se repliegue el que tomó la iniciativa. Es lo que se produjo en Berlín y en Cuba. Pero en ambos casos, el acontecimiento surgió de una apreciación errónea de la resolución del adversario.

Digamos para concluir, que la situación bilateral de las dos grandes potencias nucleares, hecha de equilibrio relativo y de prudencia, deja subsistir zonas de inestabilidad que pueden producir nuevas y temibles pruebas de fuerza.

### *Intervención de un tercer partícipe*

La intervención de un tercer partícipe nuclear puede modificar profundamente este cuadro si el tercer partícipe está situado en una de las zonas amenazadas, marginales para ambos grandes, o tiene en ella importantes intereses.

1. Para el tercer partícipe la zona es esencial y no marginal.



2. Si sus intereses resultan amenazados, puede reaccionar con medidas de alcance reducido, haciendo correr el riesgo de obligar al juego de los dos grandes a salirse de la los límites de prudencia que juzgan necesaria y destruyendo así la esperanza de un compromiso que se basará en la progresividad de las amenazas.

Estas dos consideraciones son capitales y sus consecuencias necesitan ser cuidadosamente examinadas. Tales consecuencias serán diferentes según que la relación de fuerzas de los dos grandes conceda a uno de ellos una clara superioridad de réplica o según exista entre ambos una igualdad relativa de riesgo nuclear.

### *Caso de la superioridad del aliado del tercer partícipe*

Si el aliado del tercer partícipe tiene una clara superioridad de réplica (es decir, una aptitud suficiente para reducir la réplica adversa a un precio aceptable al disparar el primero), el partido opuesto, que amenaza, no puede en absoluto correr el riesgo de incitarlo a que dispare el primero contra él. Es lo que haría de querer desembarazarse del tercer partícipe mediante un ataque preventivo. *En tal caso, la fuerza nuclear del tercer partícipe resulta, por consiguiente, automáticamente protegida por la existencia de la fuerza aliada,* cualquiera que sea su capacidad de supervivencia.

Por otra parte, si el tercer partícipe respondiese con hostilidades, nucleares o no, como réplica a la amenaza, el adversario sólo podría adoptar dos actitudes: o bien cesar en su presión o bien desencadenar su primer ataque con-

tra el aliado más potente, a fin de reducir al máximo la réplica de éste. La segunda probabilidad sería altamente improbable, habida cuenta de la amplitud de las destrucciones que habría de soportar.

Por consiguiente, en este caso la existencia del *tercer partícipe ha hecho que sus intereses propios sean directamente solidarios de los intereses de su aliado*. Lo que ante los ojos del adversario podía pasar por ser una zona marginal, adquiere una importancia crítica. Recíprocamente, y cualesquiera que sean sus intereses reales, el aliado más fuerte se ve constreñido a considerar los intereses del tercer partícipe como si fueran propios.

*Caso de la superioridad del adversario del tercer partícipe*

De ser el adversario del tercer partícipe el que tiene una superioridad de réplica, la amenaza que ejerce es infinitamente más grave, ya que es de todo punto preciso que no se crea obligado a disparar el primero. Por tanto, las reacciones deberían ser más prudentes y exactamente calculadas. Sin embargo, permanece el hecho de que ninguno de los dos grandes adversarios puede desear el desencadenamiento de un magno conflicto por intereses que, en definitiva, son secundarios para ellos.

En tal situación, la firmeza del tercer partícipe crea mayor peligro para los otros dos: *el adversario no puede atacar preventivamente al tercer partícipe* con medios nucleares sin brindar al aliado de este último la ocasión de reducir su réplica disparando el primero, de suerte que de buenas a primeras, no atacará al aliado por no querer



el gran holocausto. Por su parte, el aliado ve sobre todo el magno peligro de tal conflicto y tratará de impedirlo animando al compromiso. En resumen, incluso en ese caso, *todo sucede como si los intereses del tercer partícipe fueran transferidos a su aliado.*

La inestabilidad relativa entre los dos adversarios, por los riesgos que entraña ante la resistencia del tercer partícipe, ha servido para estabilizar la zona marginal defendida por el tercer partícipe.

*Caso de equilibrio entre los dos grandes*

De estar los dos grandes en equilibrio estable, es decir, si por ambas partes las capacidades de destrucción de las réplicas son inaceptables (y tal es la situación existente ahora), la influencia del tercer partícipe no es menor. En efecto, si en semejante caso la probabilidad de intervención nuclear de alguno de los grandes se hace muy débil, y acaso nula, el pelígro recíproco para los dos grandes se torna tan considerable que ambos están en la obligación de evitar toda agravación del conflicto que una intervención del tercer partícipe amenazaría con enconar más allá de los límites admisibles de seguridad.

Examinemos las diversas hipótesis correspondientes a tal situación:

1. La alianza entre uno de los dos grandes y el tercer partícipe es estrecha. El adversario sólo podrá utilizar amenazas matizadas para comprobar el valor de la solidaridad entre ambos aliados. La simple declaración de apoyo del gran aliado será suficiente para resolver el intento.

2. La alianza es menos estrecha y los intereses de los dos aliados claramente divergentes en cuanto al motivo del conflicto. Tal vez quiera el adversario aprovecharse de esta divergencia e intentar, bien una amenaza insistente, bien incluso una acción de fuerza limitada. La abierta resistencia del tercer partícipe crea una situación extremadamente peligrosa en razón de los riesgos de escalamiento. Su aliado, hasta entonces vacilante, no puede por menos que intervenir para zanjar la crisis.

3. La solidaridad entre aliados, en cuanto al objeto del conflicto, se ha roto completamente; el aliado del tercer partícipe se ha declarado neutral en ese caso. Incluso en semejante hipótesis, el tercer partícipe no ha perdido las probabilidades de verse sostenido por su antiguo aliado *a condición de que resista, de que sepa durar y de que pueda mantener siempre una amenaza de escalamiento*. En efecto, así plantea un problema internacional de máxima gravedad, inaceptable para los dos grandes adversarios. El antiguo aliado se ve obligado a intervenir, bien para unirse al tercer partícipe, bien, más probablemente, para detener el conflicto, imponiendo un compromiso.

Por el contrario, si la derrota del tercer partícipe fuera muy rápida, constituiría un hecho consumado admisible. Por tanto, en tal caso, el interés se centra en la aptitud para prolongar la resistencia y en la amenaza nuclear. Así esta eventualidad es, pues, indispensable que el tercer partícipe disponga de fuerzas clásicas con armas atómicas tácticas y que su pequeña fuerza de «frappe» estratégica tenga una buena capacidad de supervivencia. Señalemos sólo de pasada estos extremos, sobre los que habremos de volver más adelante.



*Conclusión*

La intrusión de un tercer partícipe en un equilibrio nuclear bipolar tiene, por consiguiente, consecuencias estratégicas que exceden con mucho la importancia nuclear de este tercer partícipe.

1. Los intereses vitales del tercer partícipe se tornan directamente solidarios de los de su aliado más poderoso.

2. El adversario no puede ignorarlos, ni puede cometer ya un error de apreciación sobre la solidaridad que liga a los aliados entre sí, ni sobre la importancia que concede el aliado principal a zonas que para él son marginales, pero vitales para el tercer partícipe.

3. En caso de crisis, la existencia del tercer partícipe permite a su aliado poderoso no intervenir sino en segunda posición.

4. Estas consecuencias son esencialmente disuasivas y refuerzan la estabilidad estratégica.

Ciertos analistas han querido resumir el papel de esta tercera fuerza en dos palabras: suicidio o chantaje. Tales apreciaciones son sumarias y tendenciosas, ya que la realidad, como ha podido verse, es mucho más compleja. Por otra parte, la comprensión general del fenómeno resulta falseada siempre que se considere un problema nuclear desde el punto de vista de su desencadenamiento y no desde el de la disuasión, lo cual es justamente todo lo contrario [1].

El suicidio consistiría en responder a cualquier agre-

(1) Por ello, la teoría simplificadora llamada del *detonador* no merece siquiera ser discutida. Nadie quiere desencadenar un conflicto nuclear.

sión con un bombardeo estratégico. Sería ésta una concepción extraordinariamente simplista en la que se habría confundido la amenaza de desencadenamiento con el desencadenamiento efectivo. Veremos más adelante los matices que se imponen en esta materia.

El chantaje es una fea palabra que arropa mal una realidad constante en política internacional: cada cual trata de que prevalezcan sus intereses con los medios de que dispone. El hecho de que ciertos medios se revelen poderosos, no da lugar a ofuscarse ni a que se los considere desleales. Los demás no se privarían de emplearlos.

De hecho, *la existencia de un tercer partícipe tiene como efecto limitar en cierta medida la libertad de acción de los otros dos*. Es esta consecuencia la que ha parecido exorbitante a los defensores del sistema bipolar, tanto más cuanto que tal resultado se conseguía con fuerzas muy limitadas. Más grave aún: se ha apuntado la idea de que este tercer partícipe podría desencadenar un conflicto nuclear y ello ha sido juzgado inadmisible por demasiado peligroso y por arrebatar a los partícipes principales la facultad de «decidir la paz y la guerra».

He aquí magnos errores que no pueden ser tratados a la ligera y que se merecen las ampliaciones que siguen.

## 2. EL PROBLEMA DE LAS ALIANZAS NUCLEARES

### Las objeciones a una fuerza nuclear independiente

La confusión dogmática se traduce siempre con afirmaciones contradictorias. Cuando hacia 1946 los soviéticos



se percataron de la existencia del peligro nuclear, proclamaron simultáneamente que el arma atómica no era eficaz contra la U. R. S. S., que era capaz de destruir a la Humanidad y sacaron la conclusión de que era necesario suprimir el arma atómica. Asimismo, cuando los analistas norteamericanos descubrieron hacia 1961 que un tercer partícipe nuclear podría constituir un factor capital en la evolución de un conflicto, proclamaron, por una parte, que el tercer partícipe no desempeñaría ningún papel (con razones deducidas de la disuasión bilateral); por otra, que la existencia de más de dos centros de decisión (uno en cada campo) representaría un peligro inaceptable para la paz, y llegaron a la conclusión de la absoluta necesidad de mantener la disuasión con una fórmula rigurosamente bilateral.

Limitémonos a señalar que la conclusión, en ambos casos, demuestra que el riesgo ha sido reconocido como muy real.

Mac Namara ha agrupado todas estas contradicciones en una fórmula muy conocida: una pequeña fuerza nuclear independiente sería, a un tiempo, «ineficaz, inútil y peligrosa».

#### *Ineficacia*

«¿Ineficaz?» Por cuanto antecede, hemos visto que no era éste el caso en la disuasión multilateral. Por lo demás, ¿cómo puede concebirse una fuerza que fuese a un tiempo peligrosa e ineficaz, cuando es el peligro el que está en la base de la disuasión?

*Inutilidad*

«Inútil» sólo se justificaría plenamente si la fuerza fu
ra realmente «ineficaz». Pero se ve claramente lo que
quiere decir: la eficacia de la fuerza nuclear de los Estad
Unidos basta para la disuasión, lo cual es cierto en el ca
general, pero puede resultar inexacto al tratarse de in
reses demasiado marginales para los Estados Unidos. A e
respecto, por ambas partes se ha querido poner en tela
juicio el tema delicado de la confianza en la palabra de
aliado. Era enconar inútilmente el debate con un argum
to indemostrable, que por mero decoro es delicado discu
como aquel caballero que demostraba la existencia de D
dando su palabra de honor... Desde un punto de vista
jetivo, se tienen que presentar dos órdenes de comp
baciones:

1. El Tratado de la O. T. A. N. prevé que la agresión c
tra uno de sus miembros será considerada como una ag
sión contra todos (he aquí la palabra empeñada), pero
la forma de apoyo prestado al Estado agredido se dejar
la apreciación de cada uno de los aliados (he aquí el al
ce real de la palabra empeñada).

2. El hecho, por parte de los Estados Unidos, de re
varse su libertad de decisión, señaladamente para el
de las armas nucleares, implica que no descartan la p
bilidad de no comprometer sus fuerzas nucleares en d
minadas circunstancias, incluso, por ejemplo, si están
prometidas sus fuerzas clásicas.

Después del análisis que hemos hecho del riesgo
clear, se comprende perfectamente la posición norteam
cana; digamos que Francia obraría lo mismo en am



situación. Lo cual no quiere decir que se dude de la palabra de un aliado, sino, sencillamente, que la guerra nuclear es cosa demasiado grave para ligarla automáticamente a cualquier previsión.

Entonces, ¿qué queda de la Alianza? Un autor francés ha estimado poder deducir de esta comprobación que las alianzas ya no tenían sentido en la era nuclear: la enormidad del peligro suprimía toda solidaridad. Existe en esto una exageración evidente, que reposa en gran parte en una apreciación inexacta de los caracteres de la disuasión nuclear.

Esta visión pesimista de las alianzas puede parecer confirmada por un fenómeno que se ha producido en todo el transcurso de la Historia: cada vez que un país ha considerado que estaba en un peligro demasiado grande a causa de la solidaridad que lo ligaba a sus aliados, se ha retirado de la alianza (verbigracia: Munich, Dunkerque, armisticios de 1940, capitulación italiana, etc., por no referirnos más que a la última guerra). El retorno de situaciones análogas tendría el mismo efecto y no podría sorprender. La nueva cuestión que se plantea hoy en día es la de saber si efectivamente los riesgos nucleares son tales, de modo permanente, que la esencia de las alianzas resulta por ellos modificada.

Que los riesgos nucleares puedan ser mortales está fuera de dudas y es éste el extremo en el que se hace hincapié para proclamar la muerte de las alianzas. Pero *la disuasión nuclear no consiste en emplear las armas atómicas, sino, por el contrario, en no utilizar más que su amenaza*, y ya se ha visto que costaba mucho trabajo el que tal amenaza siguiera siendo plausible, en razón de la estabilidad de la

situación nuclear. Si conserva cierto valor, pese a su pro
babilidad ínfima, es a causa de su enormidad y de los pro
cedimientos sutiles mediante los cuales se le conserva u
mínimo de credibilidad. En la situación de estabilidad nu
clear que ya se ha logrado, sería anormal que un riesg
muy improbable, aunque considerable, fuera suficient
para que se abandonaran sin vacilar los intereses que s
consideran vitales.

Y aquí volvemos a caer en el problema de los interese
comunes y de su valor tan pronto vital como secundari
o bien marginal para uno u otro de los aliados. Si dos
varios aliados tienen en común intereses vitales, su alian
será sólida y los llevará a correr juntos riesgos importa
tes (no obstante, incluso en este caso, la alianza no esta
a prueba de todas las circunstancias y, de verse uno de l
aliados en un peligro extremo, se desolidarizará). Por
contrario, si los intereses comunes puestos en juego s
insuficientemente importantes para uno de los aliados,
menor riesgo de conflicto podrá romper esa solidarid
Esta visión de las alianzas no es nueva, pero el arma a
mica tiende a acrecentar notablemente sus contornos. L
alianzas no han muerto —bien lo vemos a diario—, pe
pueden revelarse más inestables.

Paradójicamente, con relación a la mayor parte de
doctrinas actuales, *el único medio de devolverles una g
estabilidad es fundar las alianzas en fuerzas nucleares in
pendientes:* los intereses, vitales para el aliado más de
pero marginales para el aliado poderoso, se convierten
en vitales para este último, creándose la solidaridad c
pleta.





Entonces surge un nuevo problema, capital éste: ¿cómo aceptará un aliado correr riesgos exorbitantes para él con motivo de conflictos que conceptúa marginales?, ¿cómo podrá ligarse así, a vida y a muerte, con un partícipe cuyas iniciativas pueden acarrear su pérdida? Es el tercer término de Mac Namara: el «peligro» de las fuerzas independientes.

¿Cuál es la naturaleza del peligro originado por esta fuerza nuclear independiente? Evidentemente, *el riesgo de que el tercer partícipe reaccione en forma desordenada* ante una amenaza, ocasionando así, bien un malentendido grave entre los dos grandes adversarios, bien llegando a crear un hecho consumado de hostilidades caracterizadas e irreversibles que impidan toda solución de compromiso. Lo que se teme es que el tercer partícipe no se atenga a las reglas del juego.

Es cierto que, por ejemplo, durante la crisis de Cuba, si Gran Bretaña hubiera detenido barcos soviéticos en el momento mismo en que Kennedy dejaba pasar algunos sin controlarlos, el delicado matiz de la presión que los Estados Unidos querían ejercer hubiera resultado completamente modificado. La nota desafinada hubiera sido mucho más grave de implicar el incidente el embargo de cohetes soviéticos en curso de transporte. Asimismo, si durante una tensión grave en Berlín, Alemania Federal o Francia desencadenaran medidas radicales de réplica, el incidente podría sacar rápidamente el juego de los límites de seguridad considerados como necesarios y crear una situación imposible de desenredar. Estos ejemplos muestran que el pro-

blema del tercer partícipe se planteó mucho antes de que se tratase de las armas nucleares y, por consiguiente, que la necesidad de una estrecha coordinación se impone hoy en día a partir del nivel de la guerra fría. *A fortiori*, es absolutamente indispensable al nivel nuclear, es evidente. Es ésta la razón esencial de las doctrinas que reclaman una integración completa de las fuerzas nucleares bajo un mando único.

El problema de la coordinación de las fuerzas independientes se ha presentado hasta ahora en forma demasiado parcial: no se han querido ver las ventajas reales que podían derivarse de la multiplicidad de los centros de decisión y no se ha buscado verdaderamente si no existía una solución satisfactoria en el ámbito de la coordinación nuclear, como no hubo más remedio que hacerlo para la coordinación a los demás niveles.

Mas esta coordinación es posible. ¿Por qué se estima que el tercer partícipe ha de tener reacciones más irresponsables al nivel nuclear que a los demás niveles? ¿Por qué se estima que su conducta ha de ser más absurda cuando su comportamiento acarrea mayores peligros, no sólo para los demás, sino para él mismo?

En realidad, la inquietud proviene, sobre todo, de que actualmente las doctrinas nucleares parecen ser divergentes. En estas condiciones, se teme que la independencia lleve a falsas maniobras, tanto más graves cuanto que el partícipe disponga de medios suficientes para volar la salvaguardia, aunque fuera el primero en perecer, y que, por otra parte, la actitud de irracionalidad adoptada con fines disuasivos siembre la duda respecto a su decisión.

Esta situación no es ni fortuita, ni inevitable. Resulta



de que, hasta ahora, los problemas nucleares han sido estudiados y difundidos en marcos estrictamente nacionales, ello por obra de los Estados Unidos y de la ley Mac Mahon. Si desde que la O. T. A. N. existe, los norteamericanos hubieran hecho gozar a sus aliados de las realidades de la estrategia nuclear que estaban madurando, todos los miembros de la O. T. A. N. habrían progresado juntos y se hallarían actualmente en la misma etapa de comprensión del fenómeno, lo que no es el caso. Sin duda, seguirían existiendo las diferencias de apreciación que resultan de las divergencias de intereses. Pero, una vez más, el problema no sería de naturaleza diferente que el planteado al nivel de la guerra fría. El «peligro» de las fuerzas nucleares independientes proviene únicamente del desfase que existe entre los aliados respecto a la apreciación de los problemas nucleares.

Para que desaparezca este desfase, no hay otra solución que hacer estudiar y trabajar en común a los aliados —como debiera haberse hecho desde hace diez años— con relación a los complejos problemas planteados por la existencia de las armas nucleares, no sólo en el plano técnico, sino, sobre todo, en el plano estratégico-político más elevado. Sólo siguiendo este camino es como se podrá lograr la educación recíproca de los asociados y hacerles comprender el sentido de los verdaderos intereses comunes de la alianza al nivel nuclear.

En el ámbito internacional, lo mismo que en el de la política interior, no hay verdadera democracia, sino por la educación. Al pretender, mediante la integración, conservar el control absoluto de todas las fuerzas nucleares, los norteamericanos tienden a mantener y a acrecentar más aún

el desfase intelectual existente entre los aliados, que actualmente es tan nefasto. Por el contrario, si se quiere que un tercer partícipe pueda actuar teniendo siempre en cuenta las condiciones muy apremiantes que dominan la oposición nuclear de los dos grandes, hay que tratarlo como aliado total y discutir a fondo con él, sin dogmatismos ni segundas intenciones de secreto estratégico —por lo demás futil—, los aspectos diversos de las situaciones que puedan surgir, construyéndose así, colectivamente, una verdadera doctrina estratégica común. Entonces, sería muy de extrañar que este ejercicio —al cabo de cierto tiempo, ya que la verdad nuclear no puede adquirirse sin una larga incubación— no condujera a una comprensión recíproca de los puntos de vista y a la definición del juego más ventajoso para todos.

En ese momento se lograría, no ya una fuerza integrada que salvaguardara mediante artificios (como la fuerza multilateral) la apariencia de autonomía de los aliados, ni un atelaje desunido de asociados desiguales y recelosos, sino un *verdadero equipo* de campeonato, dispuesto a jugar libremente el juego de la disuasión con todos sus matices y sus fintas más sagaces. La indispensable coordinación no se conseguirá con la renuncia de los poderes de decisión de los aliados en materia nuclear en favor de uno de ellos, ni mediante un sistema de veto imposible de admitir, sino gracias al perfecto conocimiento del interés colectivo. Con ello, la posición del adversario común resultaría debilitada y las probabilidades de disuasión muy reforzadas.

Esta conclusión, que se impondrá tarde o temprano, por ser la única practicable, tiene dos corolarios importantes:

— El primero, es que el tercer partícipe tiene que com-



prender claramente que su papel se inserta en un conjunto y que su acción independiente ha de ser la de apoyar y completar la acción de su aliado, a fin de lograr el resultado más disuasivo y evitar las consecuencias incontrolables. *Su maniobra debe efectuarse por lo menos tanto en función del aliado cuyo poder disuasivo se utiliza como del adversario que se quiere disuadir.* Independencia no quiere decir ciego egoísmo.

— El segundo, es que *la única manera de que una fuerza independiente no sea «peligrosa» es tenerla por aliada,* ya que sólo así cabe concebirse la posibilidad de una buena y necesaria coordinación, siempre que se adopten los medios para conseguirla.

## *Conclusión*

Era necesario examinar a fondo las objeciones presentadas en contra de una fuerza nuclear independiente, a fin de disipar las prevenciones instintivas que casi siempre las origina y situar el problema en su verdadero terreno.

Es divertido comprobar que las reacciones de los norteamericanos contra fuerzas nucleares que no controlan estrechamente son bastante semejantes a las reacciones europeas, al principio de la era atómica, respecto a los norteamericanos: se sentía temor a los peligros posibles, por ponerse en duda la sensatez de los poseedores de las nuevas armas. Desde entonces, hemos podido comprobar que la posesión de las armas nucleares provocaba una tranquilizadora ponderación. Los norteamericanos, a su vez, harán la misma experiencia.

Como quiera que sea, la crítica tendente a impedir el policentrismo nuclear ha perdido toda actualidad. Incluso si no fuera provechoso, el fenómeno está en marcha. Sólo cabe sacar de él las consecuencias más favorables.

## Las posibles ventajas de las alianzas nucleares

Puesto que me veo comprometido en la tarea de disipar el error vinculado al espantajo de las fuerzas nucleares llamadas independientes, estoy obligado, no sólo a mostrar, como lo he hecho, que no siempre las críticas estaban fundadas, sino también que existe en favor de esas fuerzas un balance que puede ser muy positivo.

### *Solidaridad*

El primer elemento positivo ha sido identificado de paso: las fuerzas nucleares independientes crean, por su misma existencia, una solidaridad orgánica entre aliados la cual se extiende necesariamente al conjunto de sus intereses vitales. Esto es capital, por lograrse así algo más sólido que todos los compromisos escritos e impidiendo, por este hecho, que el adversario pueda operar en adelante contando con las divergencias de intereses que siempre existen entre aliados en tal o cual punto.

Tal solidaridad, lejos de ser peligrosa como se ha dicho por error, tiene la ventaja esencial de ser disuasiva, es decir, de impedir que el adversario pueda creer hábil aprovecharse de ciertos incidentes en los que hubiera cabido



esperar que uno de los aliados admitiese un compromiso en perjuicio del otro. *La existencia de fuerzas nucleares independientes tiende a reducir el área de expansión de la guerra fría.*

Consigue más: en vez de ser únicamente una causa de disuasión, como se ha dicho muchas veces, *obliga* a las potencias nucleares a entenderse y practicar una acción coordinada. Tan poderosa es esta influencia, que ha constreñido a los mismos dos grandes adversarios ¡a tomar seguridades (como el teléfono rojo) contra posibles malentendidos!

### *Juego de equipo e incertidumbre del adversario*

Esta solidaridad permite igualmente una forma de maniobra de disuasión más eficaz: en estrategia bilateral, cada uno de los dos adversarios escudriña la voluntad del otro y se rige por sus reacciones. En estrategia multilateral, el hecho de tener frente a sí a varios adversarios complica extraordinariamente la apreciación de la situación, al extremo de impedir toda previsión.

Con tres partícipes existen quince esquemas posibles de orden de entrada en línea de los tres actores [1]. Cada una de tales intervenciones puede llevarse a cabo de diversas maneras a cada uno de los niveles, digamos como mínimo de diez a quince maneras diferentes (advertencias, movilización parcial, medidas económicas, bloqueo, medidas mi-

(1) Se trata de las diversas posibilidades de iniciativa de los tres asociados (6 soluciones) y de las diversas posibilidades de réplica a tales iniciativas (15 soluciones).

litares diversas, etc.). Así se desemboca en un número de soluciones-tipo que sobrepasa rápidamente las doscientas maneras. Con cuatro actores, el mismo cálculo da una cifra muy superior a mil.

La complicación derivada de semejante planificación no excede las posibilidades de los ordenadores electrónicos de que se dispone ahora, pero muestra hasta la evidencia que el partido que *concierta* sus acciones goza de considerable superioridad respecto al adversario único, que se encuentra sumido en una *incertidumbre* total en cuanto al efecto previsible de sus acciones y hasta del grado de coordinación o de iniciativa de cada uno de los que se le oponen. Habida cuenta de los imponderables de este juego muy complicado, resulta cierto que los pronósticos de éxito son cada vez más azarosos y que, por consiguiente, *la situación es mucho más estable que si sólo dos adversarios estuvieran en presencia.*

### *Posibilidad de ósmosis técnica*

La estabilidad y la solidaridad logradas por la existencia de fuerzas independientes autoriza entre aliados una modalidad de relaciones que hasta el presente no ha podido existir (si se exceptúa a Gran Bretaña y a los Estados Unidos, en razón de los lazos existentes entre ellos en el momento de crearse el arma atómica).

En efecto, si una cierta difusión de las armas nucleares se impusiera al fin como benéfica, las principales objeciones suscitadas por el intercambio de datos técnicos perderían mucho de su valor. Entonces cabría pensar que los



gastos que se hacen para la investigación podrían ser aplicados más racionalmente en provecho del conjunto, en vez de constituir, como hoy en día, un dispendio, que no dejarán de admirar los historiadores futuros [1].

### *Conclusión*

Los desarrollos que anteceden muestran que, en vez de anatematizar las fuerzas nucleares independientes, más vale esforzarse por ordenar esta situación nueva, que se ha hecho inevitable, y aprovecharse de las reales posibilidades que brinda, *de saberlas utilizar.*

Entonces se comprenderá que la larga insistencia en lograr una completa integración de las fuerzas nucleares provenía de un prejuicio instintivo, de un examen demasiado parcial del problema de la disuasión multilateral y que su éxito, además de ser políticamente imposible, hubiera podido provocar cierta pérdida de ventajas en el plano estratégico.

Pero me temo que esta conclusión no se imponga inmediatamente...

Dicho lo cual, no pretendo que en la práctica un sistema nuclear multilateral sea necesariamente el mejor. Ello dependerá esencialmente de la forma en que se lo sepa utilizar constituyendo un equipo lo bastante coordinado. Pero volvemos a hallar en el problema multilateral la misma paradoja que dominaba el problema bilateral: el arma nu-

(1) ¿Cómo justificar que un aliado niegue a sus asociados los secretos técnicos conocidos por sus adversarios, si no es subrayando una vez más la solidaridad de hecho que une entre sí a las potencias nucleares?

clear sólo es benéfica si se consigue a un tiempo mantener su valor de amenaza y evitar su empleo.

## 3. EL PROBLEMA DE LA PROLIFERACION NUCLEAR

Si el aumento del número de potencias nucleares acre centa la estabilidad, ¿no puede admitirse entonces com deseable una difusión tan amplia como sea posible de la armas nucleares?

### *Las razones en pro de la proliferación*

Ciertos autores —de ambos lados del Atlántico— ha sostenido esta tesis: unos, en realidad, por estimarla inev table; otros, por atribuir a una capacidad nuclear, inclus modesta, un poder intrínseco y total de disuasión en el plano bilateral. Desde un punto de vista especulativo, idea es interesante: puesto que el arma atómica crea imposibilidad de la guerra, de existir por todas partes se lograría un sistema internacional completamente estáti El arma nuclear vendría a ser así una especie de vacun pacífica.

Esta concepción extrema es de cotejar —pese a la di rencia esencial originada por la pluralidad de los centr de decisión— con la política llamada del M. C. 70, por cual los Estados Unidos decidieron, en 1957, dotar a to sus aliados de armamento atómico. De hecho, dada la id que en aquella época se hacían de las posibilidades de ag sión, se emplazaban así en las zonas sensibles mecanis



de escalada espontánea muy evidentes, destinados a disuadir al adversario de toda tentación de hincar el diente. Ciertamente, los Estados Unidos se reservaban celosamente el control de aquellas armas, pero se evidenciaba que, a no ser por incidentes locales, no hubiesen podido rehusar su empleo. Se trataba, por tanto, de una disuasión generalizada gracias a la diseminación de las armas atómicas. No fue sino cuatro años más tarde cuando la mayor parte de los teóricos norteamericanos, obsesionados por el peligro que ya por aquel entonces representaba la guerra nuclear para los Estados Unidos, llegaron a la conclusión de que era necesario descebar estos mecanismos de escalada mediante medidas de seguridad muy estudiadas.

Por otra parte, en el plano técnico, numerosos sabios estiman que la evolución llevará de aquí a unos años a tales simplificaciones en la producción de la energía nuclear, que el precio de costo de los armamentos atómicos los pondrá al alcance de la mayor parte de los países. Tal «democratización» del átomo provocaría, pues, *ipso facto*, una proliferación generalizada. Señalemos en seguida que estas perspectivas no son inmediatas, que están probablemente ligadas al descubrimiento de la fisión controlada e incluso que no son admitidas por todos los especialistas. Queda en pie que la eventualidad de condiciones técnicas favorables a una amplia difusión de las armas nucleares es de considerar con atención.

### *Los peligros de la proliferación nuclear*

Generalmente, esta eventualidad se considera plagada de peligros.

En efecto, ¿cómo confiar en la ponderación de un creciente número de hombres de Estado, de los cuales muy pocos serían dignos de tan aplastante responsabilidad? Es bien conocida la hipótesis del loco, pero más probable —por consiguiente, más inquietante— sería la de una simple carencia de buen sentido: los problemas de la paz y de la guerra se han vuelto demasiado sutiles para que puedan ser asimilados por todos los hombres políticos que los azares de la vida llevan al poder; la supervivencia de concepciones relativas a la guerra, hoy en día completamente rebasadas, no dejaría de provocar espantosas catástrofes. Agreguemos que el peligro sería todavía admisible de no tratarse más que de catástrofes locales. Pero el armamento nuclear puede emplear todos los vectores y lo podrá cada vez más al miniaturizarse. El guión, por lo demás divertido de la película *El ratón que rugía*, podría reproducirse en tamaño natural, introduciendo en las relaciones internacionales medios de chantaje absolutamente inadmisibles. Digamos, para concluir, que la proliferación nuclear constituye con toda evidencia una perspectiva muy inquietante.

Los analistas norteamericanos han presentado con frecuencia este problema con el vocablo matemático de la «enésima Potencia atómica». Es una presentación que falsea el verdadero carácter del problema, esencialmente cualitativo y no cuantitativo.

En efecto, se ha visto que la existencia de fuerzas independientes, pero coordinadas, presentaba ventajas ciertas de estabilización. Asimismo, puede admitirse que fuerzas independientes no coordinadas, pero en posesión de países pacíficos y mesurados, como Suiza, Suecia o los Países Bajos, podrían resultar útiles sin plantear verdade-



ros nuevos peligros. No sería seguramente lo mismo tratándose de Cuba, de la RAU o de Indonesia, por ejemplo. Por otra parte, ¿cómo prever la cordura del partido que tome el poder en los países inestables? La estabilidad recomendada por el arma nuclear sólo se logra entre las *Potencias razonables*. Hay que cuidarse de no poner cerillas en manos de los niños.

### *Los modos de limitación*

Este rápido examen muestra que *la proliferación de las armas nucleares habrá de ser necesariamente detenida tarde o temprano*, a lo sumo cuando la perspectiva de «democratización» del arma atómica se imponga como próxima.

Partiendo de esta conclusión fue como los Estados Unidos y la U. R. S. S. han tratado de salvaguardar su casi monopolio actual en materia nuclear. Sus acuerdos con vistas a la prohibición de las pruebas nucleares no tienen otros objetivos. Este primer intento para resolver el problema tendrá por efecto reducir el número de miembros del club atómico, pero no impedirá una cierta difusión, esencialmente porque la tensión existente entre los Estados Unidos y la U. R. S. S. les veda una verdadera acción conjunta. Esta primera extensión del número de Potencias nucleares, efectuada en condiciones muy onerosas, quedará necesariamente limitada a naciones bastante ricas y animadas por una voluntad suficiente como para llevar a cabo esta tarea. Así se irá constituyendo una pequeña constelación inicial de Potencias nucleares muy desiguales, que no dejarán,

como se ha expuesto anteriormente, de organizar su cooperación en cada uno de los bandos, a fin de aprovechar al máximo la estabilidad que pueda proporcionarles el arma atómica.

En este período, únicamente China plantea un problema tal vez difícil de resolver para la U. R. S. S., por estar todavía en entredicho —con razón o sin ella— el carácter «razonable» de su filosofía política.

Entonces puede llegar la fecha de vencimiento técnico prevista de una posible «democratización» del arma nuclear. Se conocerá el plazo de vencimiento con varios años de antelación, ya que las realizaciones serán lentas a partir de la invención. Al estar ahora el peligro a la vista, se puede tener la seguridad de que provocará fortísimas reacciones de defensa.

¿Constituye el desarme nuclear total una salida posible para tal situación? Mucha gente lo cree, muy equivocadamente: así se perdería todo el beneficio inestimable de la extrema estabilidad que proporcionan esos armamentos. Nuestro siglo, antes del arma atómica, conoció dos conflictos mundiales desmedidos que han sido fatales para Europa, y hasta ahora debemos al arma nuclear el no haber visto un tercero, aún más devastador. El problema no estriba en desembarazarse de esas armas, que ahora forman parte de la fatalidad del mundo moderno. El progreso no puede realizarse mediante una regresión técnica, por lo demás imposible. La probabilidad no está a favor del desarme nuclear, sino a favor del control de los armamentos nucleares.

Y es que, en efecto, el peligro se ha vuelto tan grave y tan acuciante que debería sobrepasar en importancia los



conflictos de intereses o de doctrina que actualmente oponen a las Potencias nucleares. Se puede prever, sin grandes probabilidades de error, que en tal momento, a lo más tardar, esas Potencias se sentirán plenamente solidarias ante aquel peligro común, lo cual sólo puede llevarlas a concluir entre sí un acuerdo de control que no dejarán de imponer, con más o menos miramientos, al resto del mundo. *La amenaza de una gran proliferación forzará verosímilmente a constituir un concierto de Potencias nucleares.* Entonces el concierto resultaría realmente logrado y desempeñaría un papel importante en la dirección de los asuntos del mundo.

### *Perspectivas más lejanas*

La imaginación puede vagabundear todavía algo más lejos en el intento de presentir la evolución ulterior. Ciertamente, existen demasiadas incógnitas para que quepa presumir de prever lo que realmente sucederá. Al menos, puede adivinarse ya el sentido general del mundo encogido e interdependiente que se está construyendo con los elementos nuevos de nuestra civilización técnico-científica. El arma nuclear y los demás medios de destrucción masiva dan al hombre un poder exorbitante, que limitará cada vez más su aptitud para satisfacer sus viejos instintos sanguinarios. Esta potencia desproporcionada y terrible no sólo canalizará estrechamente sus iniciativas, sino que, a la larga, no dejará de originar una nueva conciencia que permita, sin duda, la organización de una fuerza nuclear colectiva, brazo secular de una verdadera Autoridad mundial

Tal perspectiva puede parecer utópica y lejana. Por supuesto, no hay que hacerse de ella una imagen ingenuamente idílica, ya que los conflictos de intereses, de razas y de doctrinas no dejarían de existir, y sabemos que las guerras civiles son más terribles que las guerras exteriores. Pero es precisamente ésta la meta final de la evolución en la que estamos inexorablemente comprometidos por el descubrimiento de la fisión nuclear.

En el umbral de esta nueva etapa de la Humanidad, la esfinge impenetrable de la Historia nos pregunta si sabremos alcanzar esa meta progresivamente y con medios pacíficos o a través de dolorosas y monstruosas sacudidas.

## 4. CONCLUSIONES DE CONJUNTO SOBRE LA DISUASION MULTILATERAL

Estamos ahora en condiciones de concluir respecto al conjunto de la disuasión multilateral, con la prudencia que requiere tema tan denso, ciertamente, pero también con la convicción de haber puesto de manifiesto algunas certezas a partir de las cuales pueden justificarse o rechazarse determinadas soluciones estratégicas propuestas.

### Caracteres generales de la disuasión multilateral

La existencia de un sistema nuclear multilateral origina un riesgo de inestabilidad suplementaria, que devuelve al nivel nuclear una capacidad de disuasión tendente a desaparecer en el plano bilateral tan pronto como las fuerzas alcanzan cierto grado de equilibrio nuclear. Ese riesgo común provoca entre las Potencias nucleares una *interdependencia* estrechísima que refuerza considerablemente el poder de la disuasión, hasta constreñir a los adversarios a acciones sumamente matizadas e incitar a los aliados a no practicar sino un juego estrechamente solidario. De ello resulta una *estabilidad* completamente nueva que se extiende al conjunto de los intereses vitales de las Potencias nucleares.

La interdependencia y la solidaridad de hecho que son sus consecuencias tienen por efecto acrecentar en el interior de una alianza nuclear la *influencia* recíproca de los diversos aliados, incluso si sus fuerzas son muy desiguales, restableciéndose así una mayor igualdad dentro de la alianza.

Pero la estabilidad de los efectos de la disuasión, lo mismo que la solidaridad de los riesgos, *reducen muy claramente la libertad de acción de los partícipes fuera de la guerra fría*. En la era nuclear ya no hay libertad de acción total, ni siquiera amplia, cualquiera que sea la autonomía estatutaria de las fuerzas. Dentro de una alianza se impone una *óptima coordinación*, tanto para la eficacia del juego común como en el interés directo de los aliados.

Esta situación se impone como muy diferente de las esperanzas formuladas con frecuencia, tanto en los Estados Unidos como en Francia, al tratar de salvaguardar hasta el máximo la independencia nacional mediante las fuerzas nucleares. Por el contrario, el arma atómica, al crear una responsabilidad muy grave, limita las posibilidades de iniciativa, incluso al nivel clásico, en razón de las

consecuencias importantes que de ella pudieran derivarse. Por este motivo singularmente, Indonesia puede atacar a Malasia o Argelia a Marruecos. Los Estados Unidos o Francia podrían hacerlo difícilmente. La entrada en el club nuclear confiere a sus miembros la garantía de ver que sus intereses vitales son tomados muy en consideración, tanto por los aliados como por los adversarios, pero los priva *ipso facto* de la inocencia irresponsable con la que antes podían creerse dueños de decidir «la paz y la guerra».

Paz y guerra han perdido su sentido tradicional en el mundo nuclear, por haberse vuelto la guerra nuclear impensable y por no ser la paz sino el juego permanente de la disuasión. Por este motivo, las inquietudes formuladas sobre el posible papel de «detonador» de las fuerzas nucleares independientes no corresponden a ninguna realidad: la disuasión resulta reforzada y no convertida en menos eficaz.

En el plano de los mecanismos de la disuasión se ha podido observar que, en un sistema multilateral, las propiedades disuasivas de los diferentes niveles resultan a veces notablemente modificadas con relación a lo que eran en un sistema bilateral.

*a*) Gracias a la existencia de las fuerzas nucleares independientes y aliadas, el nivel nuclear recobra más fácilmente una buena capacidad disuasiva, lo cual le concede mayor influencia en el nivel clásico. Por este hecho, el volumen de las fuerzas clásicas puede permanecer mínimo a condición de que las armas atómicas tácticas refuercen la estabilidad. Pero esto no suprime la necesidad de prever la posibilidad de incrementar las fuerzas clásicas si la disuasión nuclear viniera a perder su poder.



*b*) El nivel de la guerra fría queda fuera de la acción disuasiva general del nivel nuclear; pero el riesgo nuclear inherente a un sistema multilateral reduce la zona geográfica de las acciones de guerra fría, prohibiéndole aquellas zonas que están directamente amparadas por las diversas fuerzas atómicas. Recíprocamente, la acción disuasiva del nivel de guerra fría sobre el nivel nuclear resulta acrecentada, por ser más inestable el nivel nuclear. En conjunto, es mayor la estabilidad general.

## Consecuencias mayores

En el plano estratégico, las conclusiones que anteceden confirman de forma muy tajante la utilidad posible de las fuerzas nucleares independientes, tanto para los países que las crean como para sus aliados —pese a las prevenciones actuales—. En efecto, incrementan automáticamente la solidaridad aliada por todos los intereses suficientemente importantes de todos los miembros de la alianza nuclear y tienden a igualar su influencia en esa alianza. Refuerzan la disuasión de que es objeto el adversario, advirtiéndolo de las solidaridades logradas y acrecentando su incertidumbre en cuanto a los resultados posibles de una acción agresiva. Reducen de tal suerte la extensión de la zona en que la guerra fría es practicable.

En suma, el análisis teórico conduce a la conclusión de que las fuerzas nucleares independientes deben, por tanto, reforzar la estabilidad general, *con la reserva, no obstante, de que la amenaza de tales fuerzas independientes no sea utilizada en forma irresponsable y sin tener en cuenta las*

*condiciones muy estrictas que rigen el juego nuclear*. Una coordinación espontánea, que no puede resultar más que de la elaboración en común de los conceptos y de las previsiones, es, por consiguiente, la condición indispensable para que la pluralidad de los centros de decisión produzca en todas las circunstancias una mayor estabilidad.

Habida cuenta de esta reserva, el esfuerzo considerable que lleva a cabo actualmente Francia para dotarse con una fuerza nuclear independiente, cualquiera que sea el valor técnico conseguido por esta fuerza, puede resultar beneficiosa, no sólo para Francia, sino también para la Alianza. Esta no puede dejar de sacar provecho, tarde o temprano, de las ventajas de una situación que, por supuesto, no puede impedir y que sólo conviene ajustar. Además, de situarse en la perspectiva de un futuro «concierto de las Potencias nucleares», del que hemos evocado la posibilidad, cabe pensar que sería sin duda Europa entera la que podría ser la beneficiaria, merced a los caminos desbrozados por Francia y Gran Bretaña, si es que Europa ha sabido progresar lo bastante como para lograr su unidad.

El mundo multipolar que se gesta será sin duda alguna un mundo con más de dos centros nucleares. Esta situación no es catastrófica, al contrario, pero no ha de confundirse con la proliferación que será seguramente impedida por demasiado peligrosa. Por otra parte, es muy conveniente ver que *esta multipolaridad nuclear se insertará durante mucho tiempo en la gran bipolaridad de las dos principales Potencias nucleares* que constituyen la osamenta de la disuasión.

En fin, en el mundo estabilizado por la disuasión nuclear, el margen de iniciativa de cada nación en el empleo de la fuerza va a resultar considerablemente reducido. En razón del equilibrio de los potenciales militares, las evoluciones inevitables sólo podrán buscarse a través de las crisis menores de la estrategia indirecta.



En el plano de los conceptos, es evidente que sólo nos hallamos hoy en los balbuceos de la era nuclear. Las ideas nuevas se van desprendiendo poco a poco, por tanteos, pero están generalmente muy alejadas de una comprensión de conjunto del fenómeno.

La máxima dificultad proviene de la supervivencia de los conceptos antiguos: es muy difícil no ver las cosas según la visión legada por la última guerra, a la que se agregaría el arma atómica. Incluso reconociendo que se trata de un contrasentido, se permanece instintivamente sometido a la preocupación de intentar concebir el desarrollo de una guerra nuclear y de preservarse de un «mal» empleo de las armas nuevas. Pero no puede haber aquí ningún «buen» empleo: *el papel del arma atómica no es el de hacer la guerra, sino el de impedirla*. Mientras no se parta de este principio, sólo se podrá errar.

Mas para impedir lo peor, es preciso que la amenaza siga siendo plausible, por tanto, que perdure un riesgo y que éste sea cuidadosamente salvaguardado. Tal contradicción constituye el arcano esencial de la nueva Era que, en cierto modo, parece secretar, a la vez, el poder del hombre y las seguridades que deben impedirle que abuse de este poder.

Si así fuera efectivamente, la Naturaleza reproduciría en el plano colectivo, con el arma atómica, el equivalente de lo que ha logrado en el plano del individuo con el do-

lor, salvaguarda de la vida y sufrimiento de los seres. El peligro nuclear sería entonces como un mecanismo natural destinado a impedir que las colectividades humanas utilicen su poder de destrucción más allá de cierto nivel de violencia, o sea, un progreso hacia un mundo más pacífico o, mejor dicho, menos cruelmente inconsciente.



# SEGUNDA PARTE

# LAS CONSECUENCIAS DE LA DISUASION